

LA REPÚBLICA DE LOS CANALLAS

Ó

AVENTURAS Y DESCALABROS

DEL

DOMINE PALMETA

Miembro fundador de su familia,
Sócio del manicomio de la Residencia,
Autor de viajes al rededor de sí mismo,
y Presidente imaginario de una República de Escuelas.

Obra coronada por la Convalescencia de Michigan.



BUENOS AIRES

Imprenta del PLATA, Potosí 198.

1868

LA REPÚBLICA DE LOS CANALLAS

7. 1. 1. 1.

ó

AVENTURAS Y DESCALABROS

DEL

DOMINE PALMETA

Miembro fundador de su familia,
Sócio del manicomio de la Residencia,
Autor de viajes al rededor de sí mismo,
y Presidente imajuario de una República de Escuelas.

Obra coronada por la Convalecencia de Michigam.



BUENOS AIRES

Imprenta del PLATA, Potosí 198.

1868

CAPITULO PRIMERO.

Donde se dá cuenta del furibundo percance de los guitarrazos y se refiere la aventura del Sanjuanino encantado. Aparicion del famoso Moro Maese Palmeta y efecto espantable de su primer discurso.

En una desbaratada calleja de la Provincia de San Juan, caminaba de noche con gran sigilo y aire de tunanteria el estudiante Crispin Borrascas, persona de acabadísimo ingenio é infatigable perseguidor de chicas y asendereador de dueñas bisojas.

Paróse à poco el Borrascas, terció al hombro la capa, y desentrañando un guitarrín casi descalabrado, soltó con voz gallarda la siguiente serenata que por entonces andaba en alta voga, como debida al asombroso injenio de Maese Palmeta, autor de Cartillas y viages al rededor de si mismo:----

Cristus. A, B, C, D:
el verte y el amarte
solo un momento fué,
E, F, G, H, I,
y tuve grandes ganas
de decirtelo à tí,

J, K, L, Ll,
con un soplo divino
como el de un manso fuelle.
M, N, Ñ, O,
pero aqui en la garganta
la voz se me trancó

P, Q, R, S, T,
mas ahora que es de noche
al fin te avisaré,

U, V, X, Y, Z,
que si tú no me quieres
perderé la chaveta!

Ni un puñado de cobres en noche de bautismo, ni un ministerio vacante en día de presidencia, produjo nunca parecido arrebató. Cuatro puertas se abrieron y, como llovidos, zumbaron por el aire, diez y nueve garrotes, precedidos, como Austerlitz, por el sol de una linterna.

- -Maten! gritó una voz de padre ofendido.

---Apaguen! respondió Borrascas; y con un furibundo guitarrazo hizo volar la linterna y las narices de su dueño. Y mientras entre sí se descalabraban seco y duro los garroteadores equivocados, enfiló á trote de gato por la calle del «Caton Cristiano.»

En tan afligente coyuntura, deparóle el cielo una puerta abierta : cerróla tras sí Borrascas, y avanzó á la primer pieza, que era un chiribitil alumbrado, donde un hombre sentado á una mesa, escribía sendas planas y cartabones.

El vicho aquel, de tipo provincial y campechano, vestia una larga redingota, á usansa de pedagogo; unas zabatas verdes, y enorquetaba en sus narices un par de morrudas gafas, de aquellas que clarinetean el acento: blandia en cada oreja una pluma de ganzo, á guisa de balancin y empollaba bajo el sobaco izquierdo una formidable palmeta de treinta agujeros, ---en señal de autoridad y alcurnia.

---Calle, se dijo Borrascas; Maese Palmeta! Y entrando con desparpajo, resolvió contar al dómíne su aventura.

Y cuando empezaba así: --“Señor Palmeta; yo soy“

---Silencio, gran bellaco! (gritó el dómíne, encarándosele de súbito). Yo no mas soy! Yo! yo! yo! Que nos importa á mi ni al mundo lo que es y quién es vd. Yo no permito que se hable sinó de mi, es decir, que nadie hable sinó yo; y eso, no me tolero jamás sino hablar esclusivamente de mi propio! Así pues, tome vd. asiento, porque voy á echarle un largo discurso sobre mi mismo, tratando de los otros lo estrictamente necesario para sobre ponérmeles en catadura, en valor, en talento, en fuerzas corporales, en alcurnia y en todolo que me importe una alabanza!

Sobre cruzóse Borrascas con semejante exordio, comprendiendo que se las habia con un orate; y á punto de reventar de pura risa, arrellenóse en una butaca, prometiéndose la mas salada noche de su vida.

Maese Palmeta se encaramó á su mesa, y blaudiendo su palmeta formidable, . continuó :

---Yo soy un Moro, es decir, un sanjuanino pero de casta mora: mi abuelo era el famoso turco Ali-Kaka-Ben-al-Bazin, maestro de contrabajo del profeta Mahoma. Los moros son unos grandes borrachones pero yo me visto de moro, ¿vé vd? (y se encasquetó un tubante) para comprendr mejor esos números que se llaman arábigos; como mucha goma arábiga para tener acento morisco, y tambien muchos alfajores con el mismo objeto. Al-fajor es palabra turca, como vd. no sabe!

Yo nací, yo! yo!; y es esta la primera gloria que me debo exclusivamente, nadie puede jactarse de que me ha nacido. Yo nací, pues; y no bien me habian cortado el ombligo, sentí amargamente no haber podido cortármelo yo mismo con el alfanje de mi predecesor Ali-Kaka-Ben-Al-Bazin.

Desde entonces, manifesté mi extraordinario talento, soltando una cuchufleta á la partera, porque no me saludó por mi nombre, y gritando-

la: señora, no eche, pelos en la leche! la partera se desmayó y mi madre ganó bajo la cama--Yo, con la caída, me hice una peladura en la cabeza. Esta tradicion se conserva en mi familia: vea vd. (y se quitó el turbante.)

---Señor Palmeta, (int rrumpió Borrascas) estoy encantado de....

---Ah! gritó Palmeta; con que vd es un Sanjuanino encantado! Pues sépase vd que yo estoy encantado tambien, pero encantado de mi mismo, y que no me cuido de mas encantos que de los mios. Yo soy un militar famoso, mi catadura ha llegado á asombrarme á mi mismo; Napoleon me dá asco; precisamente debo haber ganado alguna gran batalla que no tengo ahora presente. Escribo como un Plutarco y un Victor Hugo juntos; pero todo lo que escribo es sobre mi mismo; hay esa pequeña diferencia: vea vd. los titulos de mis obras, y gracias que no se las leo:

Civilizacion y Barberos - Es decir, que todos son unos grandes burros menos yo; obra en quetomo diferentes tópicos para hablar exclusivamente de mí.

Espantópolis—Una cosa que yo mismo no entiendo pero que habla de mi tambien.

Recuerdos de mi casa—Esto es, grandes alabanzas mias y de mi familia, tributadas por mi mismo á ella y á mi. Obra donde me recargó un poco la mano, para probar que la especie humana es un vómito negro, y que yo soy lo que hay de maravilloso en el mundo. Allí cuento como vine á ser Moro, y me llamo á destajo genio, valenton, angel, Mesias y que se yo qué más.

Viages por el mundo, el sol y la luna—Es decir coleccion de las mismas mentiras de todos los viageros que no han viajado jamas y de que me aprovecho para tributarme las mas increíbles alabanzas. Puedo llamar á este libro: "viages al rededor de mi mismo"

Apuntes biográficos, ó sea coleccion de los remitidos, hechos locales y avisos que he publicado en la prensa del mundo, con gran aplauso de los zumbones mas caracterizados—Villergas entre otros.

Analisis comparativo de las cártillas—Libro trascendental en el porvenir del universo y de los catones.

La palmeta moderna—Pruebo ligeramente en este libro mi gran importancia, y la conveniencia para los niños en dotar las palmetas de agujeros.

Viva yo! Este es un Memorandum de las mas estruendosas alabanzas que he encontrado en la lengua española, y que no he tenido reparo en aplicarme.

El maestro Ciruela. Cómpendio de las faltas gramaticales que he tenido á bien cometer en esas obras, para escarmiento y asombro del universo habitable.

Ahora le permito un poco que se nombre vd. para dirigirle esta parte de mi discurso.

—Borrascas me llamo,—respondió Crispin, ya acalambrado de risa.

—Oh tú gran Borrascas, pero no tan grande como yo, contiúo Palmeta, nombre que tiene algo de moro, tú que habrás estado en diferentes borrascas y que estas viendo en mi, como una especie de sol, al hombre mas portentoso del mundo, mereces la revelacion de mi gran teoria, á saber—"es preciso transformar la República en una escuela." pero en una escuela real y positiva, con bancos, con tinteros, encierros y

palmetas, y yo paseándome largo á largo en un ferro-carril de la clase de gramática. Reunir allí la ignorancia y la bestialidad para enseñarles el cristus. ¡Agrupar en una sola clase de primeras letras, al Obispo, al Gobierno, al colegio de Abogados, á la Facultad de Medicina al Departamento Topográfico á la Sociedad de Beneficencia, á los locos de la Residencia, á los presos de la cárcel y á tanto ignorante que anda por las calles de la República contandose los dedos ó escribiendo libros y periódicos! Ya me veo palmeteando al Arzobispo, poniendo en cruz á Feliz Frias, tirando las orejas á las muchachas mas bonitas,—que son siempre las mas bestias,—y encerrando á las viejas en los calabozos. Trabajaré contra los mascarones de proa y fundaré luego escuelas secundarias para los animales, es decir, para los animales domésticos, como los pabos y los chanchos!

La República Argentina es una raza de gallos de mala ralea, raboneros; y no sé en qué gramática pensaria Dios cuándo se resolvió á morir por semejante canalla. Las faltas de gramática llevan los hombres á la perdicion y los locos á la presidencia!

El mundo se perdió, porque no habia ni una sola cartilla en el paraiso. Despues llovieron en el diluvio, y Noé [que á mi lado era un Noé en cuatro patas], fué el primero que las aprendió. Yo he corregido despues esas cartillas. No se ria vd. jóven, Dios que fué quien las hizo, es un supino ignorante en materias de gramática. Los idiomas que él ha compuesto son los naturales que hablan los niños, y vea vd. cuantas barbaridades ensartan!

Las desgracias de la República, estriban pues, en que nadie ha leído mis cartillas, y principalmente en que nadie las ha comprado. En Estados Unidos que es el platillo de todos los burros que no ven mas allá de sus narices en materia de gramática y de nobleza humana, saben leer hasta las cabras; dicen *mé*, que es una palabra escandinava pero de raiz latina: allí saben pues todos leer y sitienen la infamia de la esclavitud y se han degollado á millones por un hombre que no servia ni para que yo me limpiase con él el turbante, esto consiste en que no me nombraron á mi presidente y en que las cartillas Norte-Americanas y las galletas de la misma nacionalidad, no han desterrado la *y* griega.

Enseñe yo á leer á nuestros gauchos y á las tribus de Calfucuiá? que resultará de esto? Que lean el Foblas y los periódicos? No Señor, preferirán las siete partidas de don Alfonso el sabio, que á mi lado era un sabio de tetas,—y así conccerán su derecho y cuando los lleven á garrotazos á las fronteras ó codo con codo á las batallas que yo daré en adelante, porque á mi lado Napoleon y Julio César eran un par de gallinas.....marcharán, pero marcharán siquiera con el gusto de saber que les obligan,—que es casa que no se les ha ocurrido hasta la fecha.

Quién sabe leer en la República? Yo, en primer lugar, y despues aunque no muy bien, una docena de poetas y otra de literatos que á mi lado andan en cuatro patas y que se mueren de hambre, teniendo que hacerse procuradores, zapateros y abogados. Haciendo pues que todos lean, se establecerá la igualdad que es la base de las Repúblicas, los sirvientes leeran como sus patrones, cualquier negro será aspirante á ministro ó presidente, que es lo más fácil aqui, con saber deletrear no

mas, y asi se hará en el mundo una gran reforma. Conviene sobretodo como yo lo he iniciado, dar banderas y cacharpas à los muchachos, asi aprenden lo que son partidos y se pasan mas tarde à degüello que es el modo de progresar en la República: la letra con sangre entra, segun dijo Sócrates. que à mi lado no era mas que un insignie rabonero.

Se medirá que en el Paraguay, la Suiza la China el Brasil la Rúsia y el Carapachay, todos saben leer y son empero pueblos tributarios de déspotas, pero yo respondo que es porque no usan turbante. Ademas, si yo hago una escuela, no ya de la República sinó del mundo entero, los hombres se distraeran en hacer planas, calafatear los bufetes y recibir palmatazos mios, y no habrá tiempo de que se formen Borgias, Alexandres, Napoleones, Mauraviejs [que es apellido arabe] ni Pios Nonos, quienes lo diré de paso, no saben à mi lado ni echar una miserable lavativa.

Oh Borrascas! no son los menos burros los que creen estas cosas en la República! Veo en todas las provincias, mandando descaradamente, à los hombres que no saben gramática ni han leído jamas mis cartillas. La dificultad de la sabiduria està en los principios, segun ha dicho Salomon, que à mi lado era un Salomon gateando, y asi por ejemplo en Chile donde todo el mundo sabe tejer sombreros, no hay un ser viviente que sepa hacer una triste paja!

Por lo tanto, yo soy el primer hombre del mundo, gran moro y autor de la í latina, y prohibo à vd. todo uso de su lengua, que no sea tendente à tributarle alguna asombros a alabanza ó à lamerm: un poco la calva!

He dicho!- Aplaudamos, aplaudamos!

--Señor Palmeta replicó Borrascas, lo mas seriamente que pudo; lo que mayormente me espanta en la feliz coyuntura de haber conocido à tan famoso habitante de la tierra, es hallarlo solo en simple catadura de dómine Sanjuanino, sin mas insignias que el esclarecido turbante sus predecesores ni mas arma que aquella palmeta formidable, en vez de encontrarlo vestido con regia túnica, empuñando un cetro de cualquier cosa y habitando una casa de orates, es decir, un trono de hombres quienes, como vd. sabe, no son mas que unos pobres locos. Pero juro constituirme en humilde trompeta de su genio nunca visto, y no descansar en la vida hasta no dar con usted en alguna presidencia de República ó cosa que se le parezca. Yo tampoco sé el alfabeto, pero....

--Alfa-beto es palabra turca! interrumpió Palmeta.

--Si señor, respondió Borrascas, turca y grandisima turca!.. Decia pues que ignoro el alfabeto, pero que voy à influir con tres sanjuaninos poderosísimos, amigos mios, para que nombren à vd. Ministro en E. U. alli estudiará vd. un poco mejor las cartillas y el bombo, que es cosa indispensable para los genios de su pelage y mérito. Norte América es para nosotros el pais modelo de la humanidad; alli los hombres se matan, es verdad, se marean, hacen sociedades encomanditas de sus mujeres, y se venden en el mercado [bajo el honorífico seudónimo de esclavos, pero en cambio hay tal sabiduria hasta en las mujeres de tal tierra, que la mas descalabrada se ha escrito veinte cartillas, doce tomos de astronomia, y se ha parteado por lo menos unas tres docenas de hombres habitantes.

--Yo ea Norte América! gritó Palmeta paseándose à gran les transeos. Oh! mi sueño dorado! es decir, palmeteado porque el oro à mi lado

es un hollín de entre los dedos. Entrar allí vestido de moro y meter mis cucharadas en los meetings! Hacer prologuar mis cartillas mediante cuatro reales que daré á alguna esclarecida señora, de esas que partean. Pasear las grandes fábricas y ver aquel espantoso desarrollo de la mecánica y del espíritu humano! Y luego volver á mi país y decir: yo he visto eso! yo! yo! y poner muchas escuelas de primeras letras y enseñar á muchachos lo que sé; es decir el cristo y la tabla, para que escriban incontinenti como Fenimore Cooper, resplandecan en la inventiva de las letras, ciencias, artes, y dicten un código mejor que el de Washington, quien, lo diré de paso, era á mi lado un animal completo!

Señor Borrascas; permita vd. que me mire un poco al espejo y me eche un discurso á mi mismo!

Oh! Yo, que soy descendiente del famoso moro Ali-Kaka--Ben-Al-Bazin! Yo que iré á Norte América! Yo que debo haber ganado grandes batallas! Yo que soy de un valor espantoso, de una inteligencia verdaderamente de gigantes, de una hermosura sanjuanina y de un talentazo hereditario de moros! Yo, que soy Yo mismo, que es cuanto puedo decir en mi alabanza, me permito desmayarme de admiracion ante mi propia imagen y catadura, para ver el efecto que hago despues de muerto! Que mi monumento fúnebre sea el turbante de mis predecesores, levantado en la cúspide de una gran palmeta que llevará grabadas bajo mi firma las alabanzas mas escojidas que me tributaré despues de haber resucitado con ese único objeto!!....

Una idea ingeniosísima cruzó por la mente de Borrascas; y en tanto que Maese Palmeta se ensayaba muerto sobre un monton de sílabarios y cartillas, á guisa de Monte Calvario, salió á cumplirla casi destroncado de risa, y de la manera que será contado en el capítulo 2.º de este libro de aventuras descomunales.

CAPITULO II.

Donde Maese Palmeta se acuesta maestro de escuela y se levanta Ministro Plenipotenciario de una potencia que no existe, á otra que no ha existido jamás.

Salió Borrascas del chiribitil del dómine con la cabeza llena de meditaciones atroces que anduvieron dándose de tumbos y topadas en las paredes de su mollera. Todas esas meditaciones eran tendentes á armar al pobre dómine algun descabro sin ejemplo en la historia de las Salamancas habidas y por haber.

El tal Borrascas era una especie de Mefistófeles sanjuanino, con mas filosofia en la uña, que la de un Descartes y mas amargura entre pecho y espalda que la vesícula biliar del mismo Job.

Borrascas habia estudiado lo bastante para saber que no se sabe nada; era sin familia y enormemente rico; y despues de haberse metido á patriota hasta las cachas y hasta perder pié en la política de esta tierra, quedó lleno de heridas, de desengaños y amarguras, y buscó y halló consuelo solo en tres cosas: 1.ª en la sociedad de unos amigos

que como él serían de los pícaros; 2^o en la creencia de que todas las mujeres son iguales y que no se dividen sino en vivas y muertas, y 3^o en el sabor de un pucho de chala que le colgaba eternamente de la boca, aun en los casos en que cantaba á las ventanas de alguna chirruza ascendida á señorita por la categoría de coronel que ganó su padre en las arrebatiñas de la guerra civil.

Espantado por aquellos fuegos de artificio que le disparó Palmeta á quema ropa y que le revelaban la existencia de un tipo sin ejemplo en los cuadros de locos, se puso á meditar proyectos descomunales y dió por último en la tecla de uno capaz de producir un terremoto que aplastase hasta á los pacíficos habitantes del otro mundo. Llegado á su tejado solariego, se metió en la cama con un pucho en la boca, pensando y madurando su proyecto, como un mono que quiere comerse un coco.

Apenas se coló por un mechinal del tejado una yapa de sol sanjuanino, Borrascas saltó de la cama y enderezó como un cohete á casa de sus amigotes.

Eran estos; el teniente Orellana, rico de oficio y patriota de vocación: habia asistido á todas batallas de la guerra civil, con regimientos á sus espensas, habia guardado veinte años las fronteras del mismo modo, y fué siempre teniente escalon para encaramamiento de cuanto caudillo y políticastro apestó el interior de la República: su modestia y su desinterés á prueba de revueltas, se rompió contra las ingraticudes y los aspirantes, y Orellana sacudió el yugo de los partidos y juntó á la de Borrascas su dosis de desengaño y amargura.

El tercer amigo era una cabeza de Juan Mozart, pobre como un Cristo y generoso como un Creso: lloraba con una vidalita, se enamoraba de todas las mujeres y daba furibundas estocadas á los hombres. Carmelo, que era su nombre sin apellido, era espósito tucumano: entró á una escribanía para ganar la vida y gastó sus ganancias en aprender la música: compuso cuatro óperas dignas de Donizetti, y en los teatros le dieron un portazo en las narices. Carmelo echó sus óperas al fuego, y leyendo al acaso un diario sanjuanino, encontró colocacion de tenedor de libros en una fábrica de pasas. Un Domingo tocó el órgano en la iglesia; Borrascas y Orellana lo escucharon pasando, y desde ese día fué la tercer alma del cuarteto.

El cuarto personaje era un porteño de treinta años, tostado como un árabe y soñador como un alemán. Su padre y cuatro hermanos fueron degollados en las guerras civiles; y él, aprendiendo sobre aquella sangre el sacrificio estéril, juró inviolable la vida humana: se abismó en la química y fué á San Juan á explotar minas.—Este Palma es un infame egoísta! decían los políticos: jamás se le ha visto en un Club! Palma no iba á los Clubs ni visitaba mujer alguna.

Una noche estaba parado en una esquina, meditando sobre el espectrómetro. Carmelo se detuvo á su lado y le dijo.

—Amigo, vaya usted enfilando, porque me estorba.

—Muy raro es eso, respondió Palma, con gran cachaza.

—Y pronto, agregó Carmelo, porque sino me verá en la necesidad tristísima de pasarle á Vd. mi estoque á través del cuerpo.

—Eso es mas que raro porque es imposible, dijo Palma con la mayor dulzura;—yo no creo en estocadas, amigo mio; y la prueba es

que podré parar las tuyas con este cigarro habano.

—Y si á pesar del cigarro le acomodo á vd. mis dos estocadas?

—Seguiré creyendo que es mas digno de compasion el que las dá que el que las recibe.

—Amigo, dijo Carmelo; vd. es un valiente ¿accepta mi mano?

—Sobre tablas y á una sola condicion; que vd. no ha de dar mas estocadas.

Desde esa noche Palma entró á completar el cuarteto.

Esos eran los tres amigos que halló Borrascas reunidos aquel dia debajo de un parral comiendo uvas y platicando sobre la aventura de los guitarrazos, que atronaba ya á esas horas todos los ámbitos del pueblo.

—Viva el gran Borrascas, gritaron! al verle.

—Señores, respondió Borrascas; no hay aqui grande hombre que valga, el verdadero, el único posible é imaginable, es Maese Palmeta, el maestro de los cinco mocosos que aprenden á deletrear en San Juan.

—Cómo!—preguntaron los camararas,—deteniendo cada cual su uva desde el racimo á la boca.

—Si señores; Palmeta es el único grande hombre de la América latina; el mas profundo político, sin que el pais lo sospeche; el mas famoso literato, el mas tremendo militar, el mas atrevido socialista: su cabeza, aunque sin pelos tiene mas ideas que uvas hay en esta viña.

---Al grano, señor Borrascas!

---Allá voy---Que vida es la nuestra, queridos compinches? en que gastamos nuestro dinero, en que gastamos nuestro tiempo que nos aproveche y divierta? Camaradas, tengo una idea; la única que no ha entrado, acaso por no dar con el portillo, en la mollera del gran Palmeta.

---Al grano! al grano!

Y aquí Borrascas, con los mas valientes toques, describió su aventura de la noche y estereotipó á sus amigos la increíble catadura moral del gran Palmeta.

---Señores! he aquí ahora mi famosa idea,---continuó Borrascas: subámonos sobre este venturoso clavileño que se llama Palmeta, que tiene la clavija motriz en las meollas, y nos llevará á la tierra de las maravillas.

---A donde demonios?

---A Norte-América, á vivir humanamente, á pasar la existencia en una perpétua carcajada, alojando entre nosotros al insigne loco Palmeta, que se promete regenerar el mundo convirtiéndolo en una escuela---Mañana vence el dia señalado al viaje que antes convinimos.

---La idea es soberbia.

---Sí, amigos, armemos nuestras petacas con buenos talegos, con muchos cigarros de chala, y tomando de nuestra cuenta al loco mas descalabrado que ha nacido de muger alguna, metámonos con Palmeta en el primer barco que topemos, y corra este pucho de vida hasta que Dios quiera.

—Hurrah!

—Traidos los adminiculos Borrascas, pasándose de un extremo á otro del emparrado, dictó con voz hueca y aire grave a siguiente nota.

Sociedad Anónima
"Salvacion de la República."

San Juan, mes de las uvas y otras frutas.

Al gran génio Maese Palmeta

Los infrascriptos, comité secreto y soberano de la vasta asociacion anónima "Salvacion de la República, constituida entre otros, con el cristiano objeto de pelar al prójimo y sangrar al pais en provecho de los hermanos, para el adelanto de las crias de gallos, alabando à los *unitarios*, llamando à los *federates*, proclamando à los *crudos*, empujando à los *cocidos*, afeitando à los *rusos*, peinando à los *liberales*, y usando en fin las pasiones y los deseos de todos, ad mayorem gloriam bolsiqui nostri, hemos juzgado provechoso para el pueblo y glorioso para el mundo, el nombramiento que de común acuerdo hacemos en usted para Ministro Plenipotenciario cerca del Gobierno de Estados-Unidos, de clarándonos sus attachés de Legacion.

El porvenir del universo, queda así pendiente de la aceptacion del monstruoso sabio Palmeta.

Por ello, pedimos al compadre que gobierna aquellos mundos, tenga, haya y reconozca en vd. al Ministro y talento mas asombroso de San Juan y de la tierra.

Hecho en el Palacio de la *Ramada*, ciudad de las pasas y nueccs. (Firmado) *Borrascas, Orellana, Cárnelo, Palma.*

— Jesucristo! ¿y tragarà la nota el viviente? preguntó Carmelo.

— La tragaria aunque lo nombràramos emperador de Rusia, respondió Borrascas. Maese Palmeta es un loco de remate.

— Bravo! bravo!

Enviada la famosa credencial, cada uno fué à hacer sus correspondientes preparativos y esperar la respuesta del gran loco Palmeta.

No se hizo esperar; eran diez y nueve pliegos que contenian mas ó menos el discurso espetado à Borrascas, pero ni jota de agradecimiento. Palmeta creyó muy sencillo y natural que lo designaràn para aquel empinado puesto y solo estrañó que hubiesen esperado tanto los pueblos.

El Dómine, por su parte, envainó en una maleta descuajaringada tres medias, un par de alpargatas vueltas chancletas, dos pedazos de pizarra, su bornoz y el turbante, unos apuntes de viages que habia hecho pisando esos mundos de Dios con la mollera, cuatro proyectos de silabarios, un manajo de punteros, una media sotana que hacia de levita en los dias de exámen, una navaja de afeitar, sin cabo, un corbatin de caña de botas, un tintero de cuerno y catorce reales que formaban el tesoro de aquel "omnia mecum porto."

A los diez y nueve dias de la aventura de Borrascas, viajaba Palmeta en compania de sus attachés, en el Bergantin "Residencia," ebrio de mareos, de discursos y de proyectos, y siendo la admiracion del capitán y de todos los pasajeros.

CAPITULO III.

De cómo Maese Palmeta llega á Humbug, capital de Norte-América; de las cosas que allí hace dice y piensa, con otras aventuras no menos espantables.

—Y vive Dios! exclamó D. Palmeta al pisar los aposentos de su Hotel, á donde fué subido por medio de una máquina—¿Y será posible que en esta casa y en este gran pueblo, hayan ya sabido quien yo era para que se inventen espresamente máquinas que transporten mi gran cabeza?

—Si señor: y cómo no lo habian de saber, respondió uno de los viajeros,—si la fama de tan ilustre moro á quien tenemos el alto honor de acompañar con el solo objeto de ver como de su gran cabeza nace la rejeneracion del mundo, cunde de uno á otro ámbito de la tierra.

—Lo creo amigo, y sin modestia, dijo Palmeta; un pueblo por grande que sea tiene que enorgullecerse de abrigarme en su seno y poder aprovechar de mis profundos conocimientos y eterna erudicion: por que yo soy aquel de los hombres que puede decir como Jesucristo;—he venido al mundo de de la nada para tocar con mi cabeza en el cielo—y en este turbante.

En estas y otras razones se entretuvieron Maese Palmeta y sus compañeros de viaje, con gran beneplácito de estos últimos, hasta que el mozo de hotel, francés y charlatan de nacimiento, entró á anunciar que la sopa estaba pronta, y lleno de jenuflexiones y cortesias, comenzó su arenga diciendo:

—Yo soy. . . .

—¡Alto ahí! exclamó nuestro héroe; donde yo estoy nadie se nada: yo soy el gran Sud-Américo, que os hace el honor, pueblo de pulperos y mercachifles explotadores, de venir á contemplar vuestra pequeñez desde mi inmensa altura: yo soy el moro Ben-Al-Bazin como lo demuestro en mi gran libro titulado «Recuerdos de mi casa», «en que con toda justicia y verdad me pongo por las nubes, aun cuando tengo derecho de estar en el cielo. . . vaya usted y pregunte al dueño de este palacio, por que palacio debe ser y es cualquier morada en que yo habite, si ha leído mi sublime obra!

El mozo comprendió que se las tenia que haber con un orate; y con aquel tino que tienen los franceses para cambiar de táctica con tal que ella lleve á burlarse aunque sea de la madre que los dió á luz, hizo cien mil venias, se deshizo en cortesias y exclamaciones de admiracion yendo en seguida á contar lo que le habia pasado, al dueño del Hotel que ya se hallaba instruido de quien era Maese Palmeta y habia consentido en seguir la broma mediante una remuneracion.

Es claro; los norte-americanos consienten en todo con tal que haya una remuneracion.

Cuando Maese Palmeta y sus compañeros entraron en el comedor, todos los asistentes se pusieron de pié y gritaron:

¡Gloria y honor al gran moro sud-americano—hip! hip! huora!

Maese Palmeta acabó entonces de perder los estribos del buen juicio, y creyendo realmente que su fama lo precedia hasta los rincones del mundo, antes de tomar la primera cucharada de sopa, echó el siguiente brindis:

— • Complacido, señores, al ver los honores de que soy objeto, os felicito por que dais una muestra de gran juicio, saludando en mí al primer hombre de sud-américa y del mundo.

Los yankees, con esto conquistan una gloria mas duradera que la que obtuvieron en la lucha de su independencia; la nacion norte-americana debe enorgullecerse de que yo me digno saludarla, en este Congreso, como embajador que soy de otra gran República.»

Absortos quedaron los yankees con semejante salida; y como estos cuando no estan ocupados lo pasan de francachela, luego que salieron de la mesa, que Palmeta, arrastrado por su loca fantasia habia calificado de Congreso, hablaron en cuanta taberna y en cuanto club habia, (y en Norte-América hay un club en cada esquina, y una taberna en cada dos puertas,) del célebre personaje que acababan de conocer; de manera que à las pocas horas, las puertas del hotel y las calles vecinas se hallaban inundadas de curiosos con los cuales habria hecho negocio el dueño del Hotel, si los compañeros de Palmeta no se lo hubieran impedido; pues ya hubo quienes ofrecieran dos dollars por ver à nuestro héroe, y hasta un empresario de circo^s tuvo la audacia de ir à ofrecer una gruesa suma con tal de que Maese Palmeta se pusiera en exhibicion en el circo, vestido de moro.

Pero esta proposicion fué rehusada, porque los alegres viajeros no querian especular con Maese Palmeta sino divertirse con su locura.

Hasta muy tarde de la primer noche, Palmeta estuvo recibiendo visitas de diferentes personajes que se anunciaban con titulos pomposos y que no eran otros que los mozos del Hotel y los marchantes que estaban en el secreto; y ya era la una de la mañana cuando nuestro héroe, cansado de los discursos que habia venido echando por todo el camino, se metia en cama rendido, molido y vivo solo por el poderoso escitante de su propia locura.

Pero le faltaba otro tormento ó mas bien otra felicidad; es decir otra ocasion de poner en ejercicio su caletre.

Estaba en calzoncillos y camisa, y con un pié en la cama, cuando sintió un gran porrazo en la puerta y un tremendo puñetazo en la espalda que lo echó de narices contra la mesa de noche.

Cuando Palmeta se repuso, vió que su alcoba habia sido invadida por varios caballeros mas ó menos colorados, y se halló frente à frente con un hombre brusco y formidable, con manos de leñador y costumbres de lo mismo, que hizo cuanto esfuerzo pudo por no reirse al ver la traza de Maese Palmeta, con aquel simple traje y de turbante.

Nuestro héroe no era lo que se llama un hombre hermoso, vestido, imajinense ustedes lo que seria desnudo.

Todos los invasores tomaron asiento, unos sobre las mesas, otros en el lavatorio; uno se acostó en la cama, mientras Palmeta tiritaba de frio en medio del cuarto; otro tiró al suelo la mesa de noche y se sentó sobre ella, sin que todo esto escitára la mas ligera sorpresa.

Despues de un momento, el hombre brusco que habia descompuesto las espaldas à Palmeta, con el solo objeto de llamarle la atencion, declaró que se llamaba Abraham Lincoln, que era él presidente de la democrata nacion y que venia en nombre de su pueblo à saludar al primer hombre de Sud-America.

Entónces fué que Maese Palmeta echó una mirada à su rededor, y viendo el destrozo que acababan de hacerle aquellos grandes hombres de estado, esclamó:

—En efecto, los norte-americanos son muy demócratas.

El supuesto Lincoln, que no era otro que el dueño de un almacén naval, se sentó en una silla frente à un armario, plantó las suelas gruesas de sus botines en el espejo al que hizo tres mil pedazos, sacó un cacho de tabaco, se lo metió en la boca y agarrando à Palmeta por el brazo, comenzó la siguiente conversacion:

—Tengo entendido que los sud-americanos son unos salvajes ignorantes ¿cuántas escuelas hay en vuestra patria?

Palmeta à quien à pesar de su locura todo este republicanism le parecia exajerado, pudo pescar en su cabeza un resto de juicio y contestó.

—Gran presidente de esta gran nacion; si llamais civilizacion à vuestras costumbres, de las que acabo de ver una pequeña muestra, mis paisanos son unos salvajes, ellos solos, no yo que soy el talento y la perfeccion en cuanto cabe en lo humano.

En nuestras escuelas los maestros enseñan à no mortificar los sentimientos ajenos, rompiendo los espejos é inutilizando los muebles, pero yo os prometo oh ¡gran Lincoln! que yo que soy el único hombre de jénio y el mas grande militar de mi pais, apenas vuelva à él, plantearé un sistema de educacion semejante al vuestro.

Por de pronto os pido me faciliteis algunos libros de educacion, como son los reglamentos de reñideros de gallos, para mandarlos à mi ministro de instruccion pública; pero tened entendido que en vuestra gran república no hay un solo hombre que valga uno de mis cabellos!

Diciendo esto abrió una maleta, y tanto por el frio que hacia cuanto por aparecer en toda su magnificencia, sacó el bornado de moro y se lo colocó; lo que produjo una gran sensacion en los visitantes, quienes entonando cantos de alabanza arrebataron à Palmeta, lo colocaron en una silla y lo hicieron recorrer todo el Hotel en procesion, gritándole vivas y obligándolo à pronunciar un discurso en cada ángulo de los patios.

Vueltos al cuarto de Palmeta, nuestro héroe fué desvestido de su bornado por el mismo Lincoln, arrojado en su cama de donde le hubiera sido muy difícil moverse y donde cada yankee, por via de despedida, le dió tan furioso apretón de manos que el pobre quedó con los dedos inútiles por muchos dias, à pesar de su inmenso amor por la democracia.

Palmeta soñó aquella noche que lo coronaban, y despertándose bajo tal creencia se tomó con un discurso que fué rápidamente ahogado por los almohadazos de sus attachés de legacion.

CAPITULO IV.

Inmensa popularidad de Maese Palmeta en la ciudad de Humburg y trastornos que esto trae en la industria del país y en la molera de nuestro héroe, que ya de suyo se hallaba algo güera.

Humburg es una ciudad de muchos habitantes, todos comerciantes y todos colorados, y todos y cada uno capaz de venderse á si mismo con tal de vender algo.

En Humburg, todo es materia de comercio, y cualquier acontecimiento notabilísimo en cualquiera parte del mundo no tiene allí importancia si no sirve de pretexto para desbalijar al prójimo con motivo de venderle cosas utilísimas y de última invencion.

Con este preámbulo comprenderán ustedes, señores, la mina que fué para los habitantes de Humburg el haberse descubierto un hombre tan singular como lo era sin duda Maese Palmeta.

A los ocho dias de sucedido lo que hemos referido en el capítulo anterior, no se fabricaba en Humburg una sola escupidera, taza ni fuente sin que llevàra pintado el retrato del gran moro sud-americano Maese Palmeta, primer hombre de esta República y del mundo.

Las cajas de betun, los tarros de mostaza, las barricas de alquitran, las ollas y cuanto Dios crió, todo se hallaba atestado de retratos del insigne personaje que tanto llamaba la atencion.

Radway, Bristol, Lanman, Kemp, y cuanto charlatan sobresaliente hay en Norte-América (y miren que es difícil sobresalir en el jénero en aquel país en que todos son sobresalientes), quedaron atras y tuvieron que arrear bandera.

Un literato pobre, tonelero de oficio, y ocupado á la sazón como primer scamoteador de un teatro de títeres, mezcla de profesiones que admiraria en cualquier parte excepto en Norte-América, así que supo por el peon de una caballeriza y diputado al congreso por el Estado de Humburg, que un tal Palmeta hacia furor en los circos de gallos, se salió de su teatro de títeres y fué á tratar con un impresor la publicacion de cien mil almanaques que contuvieran anuncios poco mas ó menos como los siguientes:

PALMETA'S BITTER.

Este tónico recién importado al país por el eminente botánico sud-americano Maese Palmeta, es el mejor elemento para curar las dispepsias y los uñeros etc. etc.

PILDORAS VEJETALES DE MAESE PALMETA.

Son preparadas con los vejetales mas medicinales que hay en las selvas de Sud-América.

El ilustre introductor de este famoso remedio para el hígado y las enfermedades de los piés, es el gran moro Palmeta, que ha pasado dos tercios de su vida estudiando las propiedades de las plantas con las cuales ha fabricado el precioso remedio que hoy ofrecemos al público.

MAQUINA PARA ENSEÑAR A LEER.

Por el sistema del gran mecánico Maese Palmeta, con las cuales se enseña à deietrar en menos de un cuarto de hora.

Se hacen exclusivamente en casa del fabricante.

Los almanagues se hicieron y no hubo mas que cambiar los rótulos en unas cajas viejas llenas de garbanzos y poner otros en algunas botellas con vinagre, para que los famosos medicamentos comenzàran à circular por todas partes; pues si bien el pueblo Norte-Americano es el mas civilizado es al mismo tiempo el mas bobo y el mas crédulo y comulgador con ruedas de carreta que se conoce.

En cuanto los compañeros de viaje de Maese Palmeta vieron esos almanagues, que ni inventados por ellos mismos, habrian venido mas à pelo, le llevaron cien de ellos de regalo à Palmeta de partede los editores, y nuestro moro que, sobre cosas que lo elojian, tiene unas tragaderas como una puerta cochera, se puso à reflexionar por ver si se acordaba dónde es que habia fabricado las pildoras y el bitters; por que en cuanto à la màquina para enseñar à leer, no le cabia duda; de eso y de mucho mas era capaz.

Mientras Palmeta reflexiona vamos à hacer otro conocimiento por el barrio.

Habia por aquel tiempo en la ciudad de Humbug y tras del mostrador de una libreria, una señora, ó mas bien señora y media, viuda de un fabricante de alpargatas y gorda como una carreta tucumana; —esta señora se llamaba Mrs. Mann y era, nada menos que lo siguiente:

Librera y editora de libros.

Profesor de anatomia en Michigan (en vacaciones).

Dueña de una carniceria.

Planchadora francesa.

Predicadora en una iglesia protestante.

Y empresaria accionistas de cuatro templos mas.

Por que han de saber ustedes que en Norte-América todo es materia de empresa y hasta se reza y se enferma uno por acciones para ganar la vida.

Lo mismo que aquí decimos «voy à poner un almacen para ganar mi vida» allí dicen «voy à establecer una iglesia y à nombrarme cura de ella para especular» y no solo lo dicen sino que lo hacen.

Por eso es que allí hay tantas sectas é iglesias, por que la relijion tambien se cotiza en la bolsa al lado de los cueros y del tabaco.

Perono dejemos à Mrs. Mann que es una joya para nosotros y para nuestro famoso Ministro.

Mrs. Mann, al leer los almanagues, se fué derecho à buscar à Maese Palmeta para especular à medias, pero por felicidad de todos, topó primero con uno de los compañeros de viaje del grau moro, el cual enterado de los proyectos de Mrs. Mann concibió otro mas tremendo aun, que comunico à esa señora y del cual serán enterados ustedes si ven lo que hace Mrs. Mann con Maese Palmeta.

La empresaria de iglesias fué introducida y dejada sola con el gran loco, el cual admiróse primero de que una señora todavia jóven y en buen estado de carnes, se atreviera à visitar sola à un hombre como él

que, segun se sabe se creia el tipo árabe mas hermoso que haya existido jamás; pero luego se arrepintió de haberse admirado no habiendo nada digno de admiracion à no ser él mismo, y dejó hablar à Mrs. Mann, quien dijo así:

—¡Oh gran moro Ben-Al-Bazin, de Sud-América; oh portento de sabiduria y de belleza, vengo yo, mujer, como representante de todos los hombres, à saludar al eminente, al ilustre, al mas sàbio y al mas hermoso de los hombres que cobija el sol: sé todas vuestras hazañas en el orbe, por que vos lo habeis viajado y visto todo, y vengo humildemente à que me permitais admiraros de cerca, (diciendo esto Mrs. Mann plantó un tamaño beso en la cara al respetable Maese Palmeta que jamás las habia visto tan gordas, y pasado este acceso de ternura, siguió su arenga en estos términos:)

Sàbio; permitidme que os declare que soy librera y que me ocupo del comercio de libros---Sé que habeis escrito obras importantísimas para el porvenir del universo y que las ocultais por modestia,---Yo quiero hacer una edicion de vuestras obras poniendo al libro un prefacio sublime, en el cual contaré vuestras hazañas, las batallas que habeis ganado y los títulos que os hacen acreedor al trono del mundo.---Yo os pido en cambio de esta complacencia, que os digreis aceptar el título de Doctor de Michigan, con el cual honraris à los mismos que os lo conferirán con toda la pompa debida à vuestra tremenda elevacion social.»

Ebrio de gozo oyó Palmeta este panejirico; y como él no deja discurso sin contestacion, luego que entregó sus obras à Mrs. Mann se subió sobre una silla y dijo:

—•Señora, vos sois, despues de mí, el mas grande hombre que ha tenido el honor de que yo lo escuche.---Vosotros os admirais de vuestro Washington, que à mi lado era un legislador de à tres por un peso; y si yo no os hice el honor de nacer en vuestro país especialmente para que me admirarais desde mi nacimiento, fué por una equivocacion de Dios, quien en comparacion mia es un Dios, de mala muerte.---Yo os mostraré los portentos de mi jénio en el poco tiempo que permanezca aquí, y aceptaré por complaceros el título de Doctor de la Universidad de Michigan, cuyos Doctores si yo no estuviera en el mundo, valdrian quizá algo. Me han dicho ilustre matrona, despues de mí, que en vuestro país hacen las mujeres lo que en los otros hacen los hombres; y yo os juro que cuando regrese à mi República, he de establecer las mismas reformas sociales y he de conseguir que sean las mujeres las que pidan en matrimonio à los hombres, ellas las que los sigan y las que vayan à cantarles tiernas endechas al pié de las ventanas; ellas las que los abracen y los besen, como vos acabais de hacerlo conmigo, quizá menos por vuestras costumbres democráticas, que por la impresion que os debe haber causado mi sin igual belleza.---Ahora os doy permiso para que os despidais de mí y vayais à anunciar à Michigan que yo le hago el honor de recibir un título de su Universidad.

Maese Palmeta, con esto, se miró al espejo, se atuzó los pelos de la calva y se confesó sonriendo, muy digno de tamaño triunfo.

CAPITULO V.

Donde se cuenta cómo recibió Maese Palmeta el título de Doctor de Michigan y aparece el gran misterio de la cáscara de fierro encantada, con otros episodios tremebundos y la aparición de Lord Brougham.

Cuando salió Mrs. Mann del aposento de Palmeta, encontró á los cuatro compinches revolcándose de risa, á causa del discurso del gran loco.

La misma Mrs. Mann apesar de su gravedad especifica, echó tambien su cuarto de timon en aquel sofocamiento de carcajadas.

Satisfechos ya todos de la jarana y de la risa, se trató la cuestion séria de la recepcion de Palmeta en Michigan, y Mrs. Mann quedó encargada de prepararlo todo para la semana próxima en casa de una comadre suya que vivia en una aldeita vecina y que solia tener buenas ideas para esa clase de bromas.

Mientras los amigos esperaban ansiosos el famoso dia, Maese Palmeta se pasaba como D. Quijote los dias de claro en claro y las noches de turbio en turbio, pensando en su título, porque Palmeta solia de tiempo en tiempo, cuando estaba solo sentir que le pasaban por la mollera algunas ráfagas de buen juicio en las que veia que mal podia ser Doctor quien no sabia ni gramática.

Por fin llegó Mrs. Mann á anunciar que todo estaba pronto é informar á los viajeros del modo como iba á tener lugar la funcion; cosa que los divertiria tanto mas cuanto que todo lo habian dejado á la buena eleccion de Mrs. Mann y de su comadre.

Inmediatamente se procedió á vestir á Palmeta con su boroz, y embutido en un omnibus con Mrs. Mann y los cuatro diablos, se trasladaron todos á la casa de la comadre, disfrazada de Universidad de Michigan.

Llegados á ella vendaron los ojos á Palmeta para que no viera el aspecto de la casa hasta no encontrarse en el *salon de grados*—Palmeta fué introducido en el mencionado salon, sentado en una silla en el medio de él, y desvendado.

La sala se hallaba enlutada; grandes áchones ardian en todas direcciones; habia colgados en la pared cuadros variadisimos en los que figuraban por mucho los anuncios de circos de acróbatas, y en uno de los extremos, en frente de Palmeta habia una especie de tribuna, sobre la que se veia una mesa con útiles de escribir, corazas, cascos, martillos y mil otros instrumentos de herreria.

Tras de la mesa estaban como doce personas vestidas con un traje que no permitia distinguir si eran hombres ó mujeres.

Nada de esto sorprendió á Palmeta, tanto por haber visto ya muchas cosas raras en Humbug, cuanto porque ocupado constantemente de si mismo, no podia prestar atencion á nada.

El que hacia de presidente en la tribuna, con una voz bronca y señalando con la mano el cielo, dijo entonces:

—Maese Palmeta—Vais á responder la verdad á todo lo que se os pregunte—¿Sois vos el moro Ben-Al-Bazin.

—Si señor Rector.

—Sois el hombre de mas talento y mas hermoso que existe?

—Si señor, y que puede existir!

—Habeis sido mandado especialmente por Dios al mundo para que los demas hombres os admiren?

—Y para nada mas, que yo soy. . . .

—Contestad lacónicamente.

—¿Hareis à nuestra Universidad al honor de aceptar el grado de Doctor que el consejo quiere conferiros?

—Si señor, y pronto!

—Entonces en nombre del Dios todo poderoso, arrodillaos Maese Palmeta, poneos en cruz y sacad la lengua.

Palmeta hizo todo esto.

El presidente tomó una caja de rapé y acercándose con paso mesurado tomó de ella una gran narigada y la depositó en la lengua de Palmeta que ya estaba cansado de tenerla afuera y abria tamaños ojos, diciendole; tragad, Maese Palmeta esto, que es el simbolo de los sinsabores que tendreis en vuestra nueva profesion.

Palmeta tragó, pero apenas lo hubo hecho, cuando fué acometido de las nauseas y retorsiones mas furiosos que se hayan visto jamas.

El presidente ordenó que se diera un vaso de bitter al candidato que ya no podia tenerse en cruz, con lo cual se acabaron de descomponer las entrañas de nuestro pobre héroe, terminando esta parte de la recepcion con unos tremendos vómitos del nuevo doctor.

Apenas sus entrañas entraban en reposo, y a zigzados ya los corcobos y las nauseas, Palmeta sufrió la prueba llamada de las cosquillas. Mrs. Maun se las hacia, bajo la mas séria pena de no reirse, y el desgonzado Palmeta las soportaba, como una alegoria de las bromas que sufren en el mundo los doctores de Michigan, cruzándole al mismo tiempo la catadura con los mas artísticos toques de corcho quemado.

—Grande hombre! dijo el presidente,—habeis conquistado la cáscara de fierro.

—Y esa cáscara de fierro, se clavetea en el cuerpo? preguntó el candidato con voz de protesta.

— Si, doctor! agregó la voz, y se la hemos martillado al mismo gran Lincoln.

Palmeta se sintió desmayar de júbilo y de miedo; los clavos lo aterraban; pero la palabra Doctor que acababan de dirigirle, lo hubiere llevado hasta la cima del monte Calvario.

—Esa cáscara de fierro, dijo el presidente, os librarà de las asechanzas de vuestros enemigos.

—Sin embargo, aulló Palmeta; yo tengo un ejército de Chivilcoyanos que destriparàn à esos enemigos feroces.

—La cáscara de fierro, respondió la voz, embota tambien los ataques de la prensa y alarga mucho la vida.

Palmeta estaba seducido; entregó en cuerpo à una frotacion con papeles de lija, à unos cuantos pellizcos y papirotos, que era en lo que hicieron consistir la tal cáscara de fierro, esplicándole que era bajo el mismo pellejo donde se la ponian, y se redujo solo à cuadro sacadas de cuerpo y à pedir que concluyesen pronto.

La risa y la compasion abreviaron la exena; y cuando para terminarla iban à acomodarle un casco de acero, se presentó un nuevo personaje.

Era un inglés que se había introducido en la casa como uno de tantos curiosos: pidió permiso para acercarse al graduado, y tal gracia fué concedida à título de yapa.

El inglés, acompañado del tremendo Borrascas, se apróximo muy sério à Palmeta y le examinó detenidamente todas las abolladuras del caràneo. Cuando hubo concluido su exàmen, se dirigió à Borrascas y le dijo:

—Osté es la dueño de esta loco?

—Yo soy un humilde servidor de este sabio,—contestó Borrascas,---y me hago un honor en viajar con él para hacerlo admirar del mundo entero.

El inglés agregó:

—Mi apostar á osté que éste siniora es una loco y que ha de andar viniendo en dos años à uno casa manicomio.

---Acepto, dijo Borrascas, tendiendo la mano al inglés: mil libras esterlinas.

—Bien, respondió el escéntrico, mi seguir por todos partes á este siniora loco. Mi llamo Mr. Gin. El inglés con esto saludó y entró desde ese dia á ser la sombra de Maese Palmeta.

Palmeta entonces fué desvendado y condecorado con el casco que, aunque chico, le fué metido á la fuerza.

Entonces el Presidente lo agarró por un brazo, lo llevó à la tribuna y echàndole unas bendiciones le dijo:

—Dr: Palmeta!

Dr. Palmeta!

Dr. Palmeta!

Sois Doctor de la Escuela de Michigan que solo ha concedido este título al inmortal poeta Milton, al gran Lincoln, al divino Washington y à vos. Ahora tomad esta palmeta y guardad el casco, en señal de nuestra buena fé. Sois invulnerable à todo porrazo y à los ataques de la farsa y de la envidia.

Señores! abrazad al Doctor y paseadlo por las calles.

La turba de gente se precipitó à Maese Palmeta, lo revolcó à su gusto, hasta que un changador lo levantó en hombros y lo llevó à pasearlo por el público, seguido de una inmensa cantidad de curiosos que ignoraban el significado de tan tremenda jarana.

El grado de Michigan costó al buen Palmeta ocho dias de cama y de friegas con envidia de gallina, pero no por esto se curó de su locura ni midió el alcance de las atroces burlas de sus camaradas.

Una curiosidad andaba trotando sin reposo por las juntas cerebrales de aquel ministrazo engaña pichanga; como esta curiosidad tocase su amor propio, pregunto à Borrascas despues de la tunda de toallazos.

—Señor attaché Borrascas quien era ese sabio frenólogo inglés, que con gran asombro suyo reconoció las prominencias de mi gran cabeza?

—Ese, respondió Borrascas disimulando la risa, es el famoso Lord Brougham, presidente del consejo de Ministros de la Gran Bretaña, y que sigue á V. E. con el proposito decidido de plagiarle alguna frase que lo haga inmortal-

Palmeta se atuzó la calva, tiro los cuellos y sintió por dentro un sudor de agua de rosas.

CAPITULO VI.

Donde el gran Palmeta es elegido Presidente imaginario de una República, y acepta un gobierno que no ha existido jamás.

A la altura de estas jaranas ya demasiado atroces y temiendo la acción de la Policía, los cuatro calaveras resolvieron su regreso à Sud-América; pero su travesura inagotable los indujo à una nueva farsa sin ejemplo.

Hicieron creer al loco Palmeta que una República traspasada de asombro por su fama inaudita lo habia elegido presidente, y que era preciso sin pérdida de tiempo ir à recibirse de aquel gobierno.

Palmeta, capaz de tragar un nombramiento de madre Abadesa, no sintió la menor duda, recordando vagamente en los cavachones de sus meollos, que estas elecciones se hacen entre cuatro amigos, sin que el mismo pueblo se aperciba ni se cuide de tales cosas que no le afectan ni le incomodan: paga sus contribuciones y sigue viviendo hasta que Dios quiera.

Aceptó pues sobre tablas; nombró en el acto ministros à sus cuatro protectores, y elaboró aquella misma noche el siguiente programa en los recobecos de su occipucio.

Ciudadanos!

Mi valor, mi talento, mi hermosura, mi alcurina, mi ortografía, la admiración que el universo me profesa y la que me profeso yo mismo, me llevan por fin à gobernaros.

Ya era tiempo! El mundo europeo iba à disputarse à garrotazos mi adquisición para un trono que no tengo ahora presente.

Pero yo acepto vuestra presidencia, por la simple razon de que siendo vosotros los mas bestias, necesitais mas de mi enseñanza.

Vuestro pasado era una pulperia de borrachos; vuestro presente una esquina de los mismos. Era preciso un sol,—es decir—un maestro de escuela,—y yo he surgido!

Quereis mi programa? Está en una sola palabra que me plagió Lord Brougham, el cual es à mi lado un insignis borrachon.

Convertiré, pues, la República en una escuela, y al que haga la rabona le pelaré los dedos à palmetazos.

He hecho construir dos grandes palmetas con este objeto solo: tienen noventa y seis agujeros y están untadas con pica—pica.

La escuela es el hospital à que debe entrar el pueblo argentino y yo à la punta. Por consiguiente, yo soy un grande hombre, y para convertir inmediatamente nuestro pais de tolderias en unos Estados-Unidos à macho y martillo, no haré mas que poner una escuela primaria tras de cada puerta, y con esto se convertirá—Los pueblos son grandes majadas de carneros, con los que se hace desde un asado hasta un bornoz como el que yo uso y os mostraré en oportunidad.

Byron à quien he escrito la mitad de sus obras y que à mi lado era un poetaastro de caja de fósforos, dice que todas las picañdias que sabe, y que no son pocas, las ha aprendido en la escuela. Voltaire Jesucristo, el gigante Gargantúa, Neuton, Sócrates, Sancho Panza, el

mismo don Quijote y todos esos génius que apenas me daban por el coxis, han estado en la escuela y hecho la rabona.

Quienes os han gobernado hasta la fecha? Cuatro burros: dos á la cabeza y dos á la cola. Qué asco! ninguno ha sido maestro de escuela!

Os doy pues la enhorabuena, y me la doy á mi mismo, grandes imbéciles y pueblos de árboles y de vichos de cesto semi-barbaros (para quienes pondré una escuela), por mi elevacion á vuestro gobierno—He dicho.

Esta proclama, celebrada en un banquete espreso, ue motivo de ardientes demostraciones y tundas.

Los viajantes, anticipando á varios compinches de la república aquella calaverada monstruosa y remitiendo copias del famoso programa, apresuraron sus preparativos de vuelta.

CAPITULO VII.

Que describe el milagroso viaje del Dómine Palmeta á la República de su gobierno, y comprende los triunfos y descabros mas espantables.

Embarcóse Maese Palmeta con mucha alegria en el alma y no menos escozor en las costillas. Todas aquellas ceremonias, todas las manifestaciones que engrandecieron su gloria habianle llegado aparejadas siempre con sendos porrazos y manteos; y así, apesar de su desmedido orgullo que nació y morirá hidrópico, le asaltaba ya cierto julepe á la sola idea de las demostraciones populares y de simpatia diplomática.

Junto con él subieron abordo los cuatro inseparables, y detrás de todos el titulado Lord Brougham, que no era otro que el escéntrico Mr. Gin, quien como es sabido, habia jurado no comer pan á manteles hasta no ver á nuestro héroe en una casa de orates.

Llena como siempre la cabeza con planes mas ardientes que la lava del Vesubio, Palmeta dejó á los cuatro amigos el cuidado de su equipaje: solo atemlió personalmente al embarque de dos jaulas donde iban encerrados dos valientes gallos de riña. Traía los bolsillos llenos de trigo y afrecho para repartir el cotidiano alimento á aquellas dos criaturas destinadas por él á mejorar la ralea de los de su tierra, encastando con las mas bravas gallinas porteñas.

Así que comenzó la navegacion, el héroe recorria el buque á grandes pasos; y con la calva al viento parábase de tiempo en tiempo delante de las dos jualas. Mr. Gin no le perdía ojo, y cuando lo veia parado con la vista fija en las jualas, una sonrisa fugaz de satisfaccion iluminaba las facciones británicas del viagero: sin duda al ver á Palmeta cerca de una juala le traía á las mientes el éxito de su apuesta.

Cuando volvia Palmeta á sus paseos, revolviendo papeles que apuntaba y repuntaba con un cabo de lápiz, Mr. Gin se quedaba estático, iciendo para sus adentros:— «el siniora loco viajar por la manicomio: mi ganar los esterlinos.

Nadie en el buque estaba en el secreto de los cuatro compinches sinó el capitan que era un calaveron aleman, y á quien por evitar fra-

casos se le previno la cosa. Así es que el primer día à la hora de la comida al entrar al comedor, Palmeta se dirigió muy tieso à la cabecera y ocupó el asiento del capitán.

Todos los presentes se miraron, pero el asombro creció cuando el capitán saludando con su gorro de hule à Palmeta, dijo en alta voz.

- Señores; yo me hago un honor en pedir al Dr. Palmeta se digne presidir la comida mientras dure el viage. Al César lo que es del César; y añadió al oído del que estaba à su lado,--ha sido electo presidente de su República y marcha à ocupar el gobierno.

El aviso corrió como chispa en la pólvora. Todos saludaron al magistrado que sintiendo subirsele la sangre à la mollera olvidó en un credo las bromas y chacotas recibidas, y trepando à la silla de honor, comenzó así.

—Honorable Congreso!—Nada de honores nada de caricias; yo soy quien soy, omnia mecum porto: pido solo secreta admiracion, aunque los dejo dueños de adorar mi persona, mi fama, mi sabiduria y mi juicio; y si no les agrada, no me importa un comino, porque à mi no se me dà nada mas que de mi!

--Bravo! gritó Borrascas.

—Me dejan hablar ó no? preguntó Palmeta amostazado.

—Qué hable!

—Mi gusta mucho, que lo sinior hablar.

—Me importa muy poco que te guste ó no, inglés borracho! exclamó Palmeta mas hinchado que un pavo, y agregó; lo que tú quieres, Lord Brougham, es plagiar me alguna frase para hacerte inmortal!

—Este es un loco! dijo uno.

—Ese misma yo diga! gritó Mr. Gin alborozado, y peló un lapiz y una cartera para apuntar día, hora y situacion en que alguien dijo que Palmeta era un hombre ido de sesos.

Pero antes que pudiera hacer una letra, Palmeta irritado trepó à la mesa y rompiendo platos, botellas y copas atropelló al temerario que lo habia llamado loco.

El agredido era un holandés gordinflon y al parecer flemático, pero al verse asaltado y al notar la risa pintada en algunos semblantes, acomodó à Palmeta un cogotazo que lo llevó clavado de mollera sobre el suelo.

Viendo los cuatro viajantes tan mal parado à su héroe, armaron en su defensa una de cuatrocientos demonios de à caballo.

Ante tanto desastre el capitán tuvo una idea: corrió à la bomba y viniendo à la cámara con el caño enristrado, largó tal chiflido de agua salada sobre el rostro de Palmeta, como capitulo del disturbio, que dejó al tal presidente mas lacio que una acelga.

Calmada la tremolina, tomó Borrascas la palabra, y probó que Palmeta, presidente de una gran República, mereci el respeto de todos y enfriados los ánimos ya con el agua, se acató la defensa, terminando la barahunda con un viva general al presidente. -

En estas y otras aventuras que divirtieron mucho à los del secreto, llegaron à Rio Janeiro donde bajó à tierra Palmeta seguido de sus compinches, yéndose los cinco en derecha al palacio de Pedro 2.º

El tal palacio era la casa de un hermano del capitán del buque, y el tal Pedro 2.º no era otro que el mismísimo hermano, dueño de un

almacen de tabacos y persona corriente en una bronca. Prevenido de antemano, preparó un refresco en el instante y puso en el secreto á su servidumbre.

Palmeta entró bajo una aclamacion de vivas de aquellos esclavos y de otros infinitos que su fama desvenojada habia juntado por el camino.

—Quiere S. E. preguntó á Palmeta un negro vestido de gala, tomar un matecito con el Emperador?

—Rabiando vengo por prenderme á una bombilla! dijo el dómíne revolviendo los ojos; vamos allá.

El titulado Emperador esperaba á su grande y buen amigo en una otomana; pero apenas lo pescó á tiro pególe un abrazo tan de macho y martillo, que Palmeta sintió crugir sus aporreadas costillas; y aunque medio ahogado estendió su mano para que se la besaran los cortesanos, que eran los mozos de la fábrica y algunos muleques del servicio.

Palmeta buscó en seguida el trono con tomaños ojos y con el firme propósito de treparse á echar un largo discurso; y no hallando cosa mas alta que un sofá clavetéado, subió de un brinco, y espetó la siguiente perorata.

—Oh pueblo de farrapos y gallos con moquillo! Yo os saludo desde este trono y presento á vuestra admiracion mi catadura formidable—Entre parentesis, se me ha ofrecido un mate—Digo pues que yo soy un valiente desconocido;—abrazo á vuestro Emperador, en señal de admiracion por mi, y vuelvo á reclamar ese mate que tarda ya demasiado—Los mates son animales con bombilla, y algunos con rabo, como muchos de vosotros. Yo he inventado muchos mates, y es preciso que vosotros pongais una escuela para los vuestros, á fin de que aprendan á deletrear y á cebarse por si mismos.

Me he convencido que Cristo era un mentecato, porque debió haber dicho que el reino de este mundo y el de estas repúblicas, es de los barros y de los locos—Sabed que á mi me han elejido presidente, sin embargo, y que yo voy á tomar un buen mate á vuestra salud—He dicho.

—“A propósito de los mates, respondió el titulado Emperador. yo saludo vuestro mate, oh gran presidente Palmeta, y declaro que si él no encierra una república de ginebra ó de cerveza, alberga por lo menos una tranca crónica de sesos derretidos, por lo cual felicito en vuestra persona elevadísima á la digna república que os llama á regenerar sus destinos.

Palmeta saludó profundamente, y despues de haber catado por último el apetecido mate, salió mal de su grado de aquel palacio, en medio de las mas estruendosas aclamaciones.

Al despedirse del Emperador, y agitados sus sentidos con el mate, dijo confidencialmente á Pedro 2.º

—Dime Pedrillo ¿no tienes alguna mulata media regular que pueda llevar yo para ama de llaves de gobierno.

—No uso mas que mulatos para este servicio, respondió el titulado monarca.

Palmeta abrió dos ojos de verdadero asombro, y ruborizándose ligeramente, hizo una cortesia y salió á la calle entre el círculo de sus admiradores.

Allí le esperaba el pueblo curioso.

Palmeta quiso hablar, y le ahogaron los vivas y los aprietos.

—Hablo ó no hablo? preguntó en un intervalo.

—Que hable el loco! gritó un portuguésiño que con gran curiosidad miraba à Palmeta en las narices.

—De que loco hablará? preguntó Palmeta.

—De vuestra señoría, respondió el Curioso.

Palmeta herido en el corazón de sus meollos, no hizo mas que alzar la pata, y plantándosela al portuguésito sobre el estómago, lo echó à rodar por el suelo.

Viendo esto los mas cercanos, arremetieron con el presidente, dándole tal repigueteo de mechas y orejas, amen de patadas y mogicones, que á no intervenir el titulado Lord Brougham y los cuatro compadres llevándolo en salvo hasta el puerto, hubiesen sin duda terminado aquí las ilustres hazañas del dómine.

Llegado al buque, Palmeta sufrió un desmayo, y Mr. Gin, viéndolo tan pálido y acongojado, creyó perder la apuesta. Entonces, tomando un frasco de su maleta comenzó à fregarlo de arriba abajo con tan exajorado cariño, que los viajeros comprendian que el inglés queria ver à Palmeta loco antes que muerto.

Vuelto en sí el famoso Palmeta, siguió el viaje bastante mohino; parecia que algun rayo de razon entraba à trechos por entre las junturas de su cáscara cerebral, dejándole desconfiar que era el objeto de alguna jugada monstruosa.

Hasta el puerto de Montevideo no desplegó sus labios, y seguia pensativo y cabibajo. Alguna reaccion se culebreaba entre su chirle, mollera; y ya los cuatro amigos y Mr. Gin desesperaban de su locura, cuando todo fué llegar à la ciudad y ver gentes que lo miraban con a-ombro, que sintió espolearse por todas sus mañas é irse por los sesos como lista de poncho.

Apenas llegó al mercado, se atuzó la calva con gran apuro, y saltando sobre la mesa de un verdulero, echó à su numeroso séquito esta perorata revolucionaria:

—“Orientales! Las Repúblicas son una aventura de gatos por mayor, y en medio de la arrebatina general de empleos, se oye hasta, el melancólico miau-miau; de los tejados. Yo pienso que las multas por esta causa, se deberian sacar de noche!

Así pues, es necesario poner una escuela para los gatos sobre los tejados mas eminentes, pero las gatas serán mandadas à los conventos.

Vosotros preguntareis: ¿y quien le pone el cascabel al gato?

Yo, grandes imbéciles; Yo pueblo de canarios y de higos! Yo plaga de langostas sansimoniana! Yo pueblo de árboles semi-bárbaros! Yo, yo, yo!

A proposito de árboles, pondré una escuela para estos ignorantes y otra para sus vichos de cesto.

La instalacion de mis escuelas y aun la de las ciudades que invento, no me cuesta ni un medio, las desparramo nomas por el aire!

Por consiguiente, yo soy el mas famoso militar de estos pueblos y vosotros debéis adorarme en cuatro patas.

Orientales ¡convidadme con un cigarro, y esperad en retribucion

de las alabanzas, que yo mismo me tributo, la admiración y la gratitud del mundo y de los pescados.

Los pescados, que son animales muy discretos, habitan en el agua y es sabido que bajo el agua hay escuelas sub-marinas.

Así pues, el mundo se admira de un hecho sin ejemplo, y es de que yo, sin más que cuatro palabras soltadas al viento, he sido electo presidente.

Yo también me admiro y os saludo—He dicho!.

Apenas había dicho el pobre Palmeta, llovió el mercado toda clase de frutas como si la tierra lloviese para arriba, formándose una nube de papas, tomates, zanahorias, higos y cáscaras de sandía, que cubrió como un terremoto al espantable loco.

—Me mata el entusiasmo popular! gritaba Palmeta ya casi asfixiado; y sucumbiendo finalmente al golpe de un melón entero que acertó a pegarle sobre lo alto del espinazo, cayó desmayado en el canasto de un gallego.

Sus amigos titulados aprovechando esta ocurrencia providencial arriaron al muelle al gallego llevando entre la tipa al acardanelado Palmeta que pasó en un delirio hasta el fondeadero de su gobierno.

CAPITULO VIII.

De cómo Maese Palmeta fué recibido con gran pompa en la capital de la República. Las siete plagas de discursos y los triunfos más descomunales.

La mayor parte del país, puesto ya en el busiles de la jugada que los cuatro diablos armaban al inclito Palmeta, soltándolo como un presidente verdadero y reformador muy cuerdo, esperaba su llegada, subiendo el pináculo de la ansiedad. El día del desembarco se anunció por periódicos y carteles manuscritos, y la gente divertida se preparaba a una hemorragia de chuscadas.

Esos habitantes imaginarios a quienes los periódicos llaman "los hombres sensatos" y que hacen figurar en todas partes sin que los tales "hombres sensatos" aparezcan jamás en ninguna, murmuraban sin embargo de tamaña locura. Así pues los cuatro amigotes que no querían esponer a Palmeta a un descalabro prematuro, y deseando sacarle hasta la última gota de diversion posible y compatible con la inmunidad de su pellejo, adelantaron el día señalado, y Palmeta cayó una mañana en el muelle como un aereolito.

Su séquito triunfal lo componían en primera fila los cuatro calaveras propietarios del Maese y seguían a ellos los pasajeros chuscos del paquete y los marineros más curiosos, pero en el muelle aumentó la comitiva hasta doscientas personas y pilletes que celebraban con feroces chuscadas, gritos y paradas de cabeza la aparición de aquel desartapado viviente que vestía turbante en la cabeza y traía sobre las ropas una especie de talma de hojalata a guisa de cáscara de fierro.

Con gran trabajo de los compinches y los más serios riesgos de Palmeta hizo alto la comitiva en la esquina de la plaza, y mientras se buscaba un carruaje amparador de tanto peligro, metieron al buen Palmeta en la cigarrería de Olivero.

Maese Palmeta, sin poder ya contener el tresmilésimo séptimo discurso que le bailaba por los vericuetos de la pia madre, tranqueó á grandes pasos la tabazon de la cigarrería, y revolviendo los ojos como un condenado, soltó el siguiente:

Discurso á la cigarrería:

Oh tú, gran República de cigarros habanos, de papel y pectorales; monumento grandioso levantado en honor de mi presidencia y de mi turbante ortográfico; casa del famoso Olivero, que á mi lado es un fabricante de puchos, yo te saludo, y te notifico que soy el hombre de mas talento que ha pisado el mundo y las cigarrerías!

Oh hermosa casa de altos, pintada de vermellon como una doncella! yo he visto en Norte América muchas cigarrerías y muy pocas doncellas; pero á tí te voy á convertir en una escuela! He conocido en New-York una maestra de escuela que hacia cigarros, y esos cigarros, al salir del claustro materno, es decir, del mostrador, tenían muy profundas nociones de gramática y algunas de aritmética y de sobaquina.

El cigarro es originario de Tebas, como ha dicho Aristofanes, que á mi lado era un fumador de ojo. El cigarro pues civilizado en las clases de delecto, no puede dañar los pulmones.

Cigarros de todos tamaños; yo he estado en Virginia que es un país donde todas las mujeres se llaman Virginia, y puedo aseguraros por consiguiente que vosotros sois á mi lado unos miserables puchos.

He dicho!

Pero no bien habia dicho el Gran Palmeta cuando ya una caja vacía le pasaba zumbando por el occipucio; dos ó tres cogotazos lo alcanzaron en señal de admiración y se encontró engalanado con colas de papeles diversos. El cigarrero le presentó una corona artísticamente trabajada con puchos en muestra de sometimiento: y cuando ya el incansable Palmeta revolvía por su caletre otro discurso enderesado á esas demostraciones y en el cual iba á protestar contra las que se traducían por puñetazos, los cuatro amigos sobresaltados por la integridad de su mollera, lo enjaularon en el coche apresuradamente; y á los gritos que daba el pueblo de ¡viva el gran presidente Palmeta! el carruage siguió á la casa preparada de antemano por el tremendo Borrascas.

La casa aquella era una especie de Salamanca; antiguo caserón de barrio lejano, á propósito para toda clase de tundas garantidas contra el oído de la policia.

En el segundo patio y lejos de ojo indiscreto, se hallaban el apartamento del loco Palmeta, los dormitorios de los diablos y el comedor. La habitación del Maese, tenía sobre la puerta un bastidor á estilo de confitería con esta cifra en letras descomunales—S. E. el Sr. Presidente de la República. Así, los nuevos iniciados en aquella farsa monstruosa, se ponían con esto solo en antecedentes de la jarana.

Apenas llegado Palmeta á lo que él llamaba su palacio, infinitas muchachos de la calle y transeuntes chuscos y curiosos, rondaban la casa por meter el ojo en la trastada.

Entretanto y despues de haber almorzado Palmeta, sus cuatro ministros y muchos amigos convidados, Borrascas que notó el tumulto de la calle, tuvo una idea ingeniosa.

—Señor Presidente, dijo al pobre Palmeta y guiñando el ojo à sus amigos: el pueblo rodea la casa por felicitar à V. E. Los muchachos que V. E. verá y que parecen pillos de la calle, son los alumnos de todas las escuelas del país.

Palmeta sintió un torozon de júbilo.

—Quieren un discurso! gritó con voz ahogada; y subiendo à la azotea por prevision de que lo ahorciran à abrazos, segun le dijeron sus ministros, saludó como un desaforado à la multitud.

—Viva el presidente Palmeta! gritaron los pícaros de la calle.

—Atencion, ciudadanos! exclamó el Maese blandiendo su palmeta de noventa agujeros; y componiéndose el gznate lo mejor que pudo, soltó el siguiente discurso,—famosa elucubracion sin precedente, en la historia de los caletres descompaginados.

DISCURSO AL PUEBLO Y A LAS ESCUELAS

Ciudadanos! vosotros sois un pueblo de aristócratas y canallas, de puros burros y de borrachones sin enmienda! Caminais à las tolderías y à las confiterías, y no teneis bastante admiracion por mi, puesto que no os cais muertos de asombro!

Pero yo en cambio, yo que soy el primer hombre de Dios para arriba y de Adán para abajo, me colmo de admiracion y os voy à brear à palmetazos y à discursos, con el gran fin de regeneraros de la basura y arrancaros de las tradiciones de las cartillas pasadas!

Yo he estado en Norte-América, que es un país donde nadie ha estado mas que yo y la América del Norte, y os aseguro que he vomitado de verguenza en cada esquina acordandome de este pueblo de calfucurás y de bestias.

Vosotros, grandes imbeciles, me habeis tenido por loco hasta la fecha, como à Cristo y à Macusa; pero allí, sucumbiendo casi bajo el peso de los triunfos y las demostraciones, me he visto disputado à palos por las academias mas sabias, por los museos de curiosidades y hasta por los circos de gallos.

Me han hecho un militar espantoso, un poeta de parar rayos, un estalista de granito y un doctor. . . . ¿De qué pensais pelagatos?. . . pues un doctor de una cosa que yo mismo no sé!

Soy, pues, doctor, oh grandes burros! y en prueba de ello, sabed que tengo una cáscara de fierro colado, y que voy à hacer en este país las siguientes reformas:

1^ª Sostituirme à los santones de los templos y hacer que se me adore en cuatro patas.

2^ª Armar de garrote à los vigilantes de policía, para que os rompan las costillas: así se usa en Norte-América, y à mi casi me las rompieron.

3^ª Poner una escuela bajo cada farol de la calle y otra en la trastienda de cada pulperia: así hay en Nueva-York.

4^ª Prohibir todo mascarón de proa que se me parezca.

5^ª Emancipar à las mugeres, para que los hombres no se metan mas en sus cosas; gobernar con ellas, destituir à los abogados por burros y à los médicos por indecentes; las mugeres partearán à las mugeres, y à los hombres, cuando se ofrezca. Los maestros de escuela man-

darán el ejército de línea, y los generales enseñaran el silabario á los chicos.

Reformaré pues este pueblo de puros mandrias, cruzándolos con gallos finos, y me levantaré un monumento sobre cada poste, en señal de mi mas alta admiracion por mi mismo!

Ciudadanos pequeños de las escuelas! os voy à contar el cuento de un oso.

Yo conocí á un oso muy diablo y mas sabio que un Salomon . . . y digo Salomon y no Palmeta, porque eso significaria decir que hubo alguien mas sabio que yo.

Conocí pues à ese oso; por consiguiente, nadie se meta con él, porque yo soy el oso! Asi pues, vosotros sois tambien unos pequeños burros y yo soy el primer hombre de la tierra.

Ciudadanos grandes y chicos! vosotros sois unos bestias, como todos los hombres del mundo menos yo! Norte-América misma, como este pueblo, es una tropilla de canallas y aristócratas. Los ricos son unos ladrones; los pobres son unos sarnosos; los sabios son unos burros à quienes he eclipsado, y el populacho indecente es como vosotros mismos, una toma de ipecacuana en cuatro patas!—He dicho!”

Aquel disparatar inaudito, produjo la mas tremenda barahunda de que hay memoria en las diversiones callejeras; y la jarana y las pedradas crecieron à tal estremo, que á no intervenir la policia en el negocio, Palmeta hubiera sido llevado en andas à la Residencia.

Desde ese dia su celebridad fué pública; la casa de los calaveras era un meeting de visitas; los teatros estaban desiertos, y algunas personas de esas llamadas “hombres sensatos,” llegaron à creer que el famoso loco Palmeta era en realidad Presidente de la República.

Los amigos de los cuatro diablos se lo disputaban como una moza, y los almuerzos, convites y cenas que llovian de todas partes para disfrutar del gran Palmeta, tenian que sacarse à la suerte.

Los amigos, temerosos de alguna indigestion formidable que diese en el cementerio con su héroe, entraron à prepararlo con sendos purgantes catárticos, como quien atuza un gallo para la riña. Pero el torrente de comilonas que el Dómine afrontaba con un estómago de verdadero sardanápalo, les probó que era en las tripas donde el gran Palmeta tenia su cáscara de fierro; y esto comprobaba el descubrimiento moderno de que la pedsina de los locos es mas poderosa que la de los mismos avestruces.

Todas estas diversiones eran zazonadas con los mas descabrados discursos de Palmeta que tomaba las visitas por manifestaciones diplomáticas, los almuerzos por congresos políticos, y hasta las sumidas de boya por muestras de entusiasmo popular.

CAPITULO IX.

Triunfo de Palmeta en las solemnidades públicas y discurso á las aguas corrientes.

Los diablos aquellos y sus amigos mas calaveras, no satisfechos con los espectáculos caseros, metian á Palmeta de vez en cuando en las pellejeras de los parages públicos, con el santo fin de dar mayor ensanche á las ecenas toledanas.

Inaugurábase en una plaza el establecimiento de aguas filtradas; y los cuatro amigos soltando á Palmeta en medio de la concurrencia, como quien larga un gallo al reñidero, le hicieron creer que las aguas filtradas eran un monumento levantado en su honor, y que ese monumento consistia en un hombre pacifico que estaba orinando contra un árbol, en medio del gentio.

Palmeta no hizo mas que atuzarse los pelos de la calva; y subiéndose á una piedra, dió vuelta el vitoque de su mollera, y soltó como un caño el siguiente:

DISCURSO A LAS AGUAS FILTRADAS.

Oh vosotras, aguas filtradas que correis al mar, sin duda, como todas las aguas;-- vosotras, monumento vivo, levantado en mi holocausto, sabed que yo soy presidente de la República y el hombre mas sábio que ha salido de barriga femenina; y digo femenina, por que no haya confusion de barrigas.

Señores! qué significan en el mundo las aguas corrientes? significan, 1. ° ---que yo tambien sé hacer aguas corrientes, sobre todo, cuando mi sministros me hacen tomar purgantes---2. ° que el cólera no es enfermedad de las aguas corrientes, y la prueba es que los coléricos no orinan: así, pues, donde hay aguas corrientes no hay cólera, por mas que esto parezca una contradiccion---significan finalmente, que el cólera no es otra cosa que un castigo de Dios!

Y quien es Dios? preguntareis vosotras, oh aguas corrientes---Vamos por partes: Dios no es otra cosa que un gran maestro de escuela, casi como yo, y sus castigos son palmetazos; es decir, que cuando se levanta de mal humor ó algun país no sabe la cartilla, le pela los dedos con el cólera. Así, pues, ese castigo de Dios infalible, puede burlarse con las aguas corrientes y sobre todo con la gramática y el soplatisis que se practica en todas las escuelas.

El cólera, además de ser castigo de Dios, es efecto de vuestra inmundicia, pueblo de bestias y de carroñas: pero yo que como militar soy mucho mas mortífero que el cólera, por que mato sin dejar rastros del enemigo, siendo esto la causa de que algunos duden de mis batallas; yo, repito, voy á poner una escuela para los coléricos y otra para los perros cojos, que tambien son causa del cólera; sobre todo los que se fingen los cojos, que son los mas formidables.

En Norte-América todo el mundo hace aguas corrientes, mientras que en este país de aristócratas y canallas se sacan fuertes multas por ese adelanto debido á los diuréticos de Martell y Robin, que, á mi lado, son unos diuréticos de gallina.

Tambien en Norte-América se echan abajo edificios para que no venga el cólera; y yo pienso por lo pronto echar abajo la ciudad entera. Es cosa averiguada por lo tanto, que estos pueblos son unas tolderías de pampas y que yo soy el hombre mas sábio que ha salido de tripas; y digo de tripas, por que todo sale de las tripas; y la prueba es que si se arrancan las tripas á las mugeres, no podrán casarse con los hombres, y si se cortan á los hombres las tales tripas, no podrán casarse con las mugeres.

Sin tripas no hay alimento, sin alimento no hay vida, sin vida no hay muerte y sin muerte no hay vida: el hombre por consiguiente, este animal tan orgulloso, no es mas que una tripa andante. Ustedes habrán oido que las tripas llevan á los piés y no los piés á las tripas, como se creia antes de la publicacion de mis cartillas y del diluvio universal.

Oh aguas corrientes; seguid corriendo,---como dice Gheremias, que á mi lado lloraba como un becerro---he dicho.

Una carcajada como un torrente saludó con estrépito el discurso del gran loco Palmeta, y unos seis mogicones y otros tantos bastonazos le alcanzaron siempre hasta el occipucio, por que el pueblo es siempre cruel en las calles; pero como el famoso Palmeta atribuía á muestras de entusiasmo aun las mismas feroces tundas de almohadazos que le aplicaban en privado sus cuatro ministros, saludó á la concurrencia, al justo tiempo en que sus protectores lo ponian á salvamento de mayor descalabro.

El palacio presidencial se convirtió aquel dia en un jubileo. Palmeta se habia hecho una celebridad originalísima y todos querian dar su mojada en el regocijo. Antes de la comida hubo lo que los cuatro ministros de Palmeta llamaban «recepcion oficial», que no era otra cosa sino una continuacion de las burlas. Le presentaban á unos Pericos de los Palotes, como personajes diplomáticos y noblezas de la mas alta alcurnia; hombres disfrazados de mugeres y hasta de obispos y de monjas que felicitaban á Palmeta y se hacian pronunciar sondos discursos.

Al fin de la comida Palmeta estaba ya tan poseido de su autoridad y presidencia, que á una titulada monja que no pudo contener la risa al verlo con el turbante y el talma de hojalata, la mandó fusilar sobre tablas, cosa que hicieron en perfecto simulacro y en el corral de la casa los cuatro satanaces de la aventura.

CAPITULO X.

Desde se relata la famosa recepcion masónica del hermano Palmeta y se prepara su trágico fin.

A la altura de estos hechos esclarecidos del gran loco Palmeta, la murmuracion pública comenzaba á comprometer á los cuatro amigos--- Las señoras y los viejos del pais, decian que tenían en su casa un loco encerrado con quien emprendian atrocidades privadas y escándalos públicos.

Estas veces y la necesidad que hay en las jaranas, de hacer subir el termómetro de la chacota, determinaron á los calaveras á emprender una función extraordinaria á espensas del formidable Palmeta, y antes que la Residencia les espropiara aquel diverticulo inagotable.

Después de una comida donde reunieron lo mas selecto de aquel verdadero Pandemonium, y á la que asistían presentados á Palmeta desde un titulado Pio IX hasta una titulada Reina Victoria, Borrascas propuso recibir de Mason al descalabrado Maese, manifestándole que esto le captaría la voluntad de las logias y el paso franco y gratis por todo el mundo habitable.

Palmeta que vió en todo esto una ocasion de discursos, aceptó entusiasmado. Vendár -le los ojos sobre la marcha y dando con él grandes vueltas y caminatas por el patio, como quien toma por andurriales y posancones, lo metieron en un cuarto oscuro, contiguo á la sala donde en gran silencio la concurrencia esperaba la escena de la recepción.

—Estamos ya en la logia, S. E., le dijo Borrascas;—la logia del Paraiso; y como lo indica su nombre, es preciso entrar á ella desnudo, porque esto es una formalidad precisa y un simulacro que prueba la inocencia primitiva del hombre.

Con este exordio y un simple taparrabo ademas de la venda, Borrascas soltó á aquel nuevo Adán sin sesos en medio de la sala.

Un coro de carcajadas rebentó como una descarga de fusileria.

—Masones, dijo Palmete algo amostazado; si os burlais otra vez de mi catadura á cuyo lado es una momia la misma Venus de Médicis, me quito la venda, me pongo mi cáscara de fierro y mi turbante y doy orden de fusilar á todo el mundo!

Uno de los sanjuaninos que desempeñaba la presidencia, hizo señas de callar al público, y respondió á Palmeta con voz solemne:

—Hermano Palmeta; esta es una risa puramente simbólica que representa las burlas que el mundo juega á los grandes hombres: Cristo fué escupido y Byron silbado; tú pues, como ellos, debes afrontar estas dificultades que encontrarás en la vida y en la presidencia; sinó tienes corage, tienes al menos tiempo de retroeder aun.

Palmeta tragó el anzuelo: y resuelto á todo lo que no pasase de magullamientos y toallazos, juró obedecer y conservar la venda; para precaucion de lo cual le ataron las manos á la espalda.

Qué piensas, hermano palmeta? exclamó la voz hueca.

—Pienso, respondió el loco sinceramente, que hace un poco de frio.

---Pues tú, replicó la voz; tú que gobiernas hoy este país y que acaso gobernarás el mundo mañana, debes acordarte de los que sufren frío en el pueblo desamparado. Te van á llevar ahora al torrente de Chuchurumbel.

Entonces dos iniciados agarrando á Palmeta por las orejas lo condujeron al medio del patio donde habia un monton de escombros que le hicieron subir, bajar y rodear varias veces, y donde sentándolo por último, le vaciaron un balde de agua sobre las tapas del entendimiento.

---Llueve? preguntó Palmeta tiritando.

—No, hermano, respondió la voz, es el agua del torrente que dá el bautismo masónico.

—Ya está bueno entónces,—observó Palmeta, levantándose à su pesar.

—Sea, agregó la voz, esa agua del torrente de Chuchurumbel, es la que quita los pecados del mundo: *tollit peccata mundi!*

—Amen! respondió el coro, sofocado de risa.

—El hombre, en este mundo de trabajo, dijo la misma voz, debe hacer todo por el bien de su hermano.

—Escepto ayunar y esponer el pellejo de valde,—concluyó Palmeta para sí.

—Hermano,—continuó la voz; es preciso que pruebes ser capaz de todo, bailando un solo inglés.

—Masones, no sé ese baile, respondió Palmeta, pero bailaré un cielo, que es mas simbólico para el caso.

—Sea! dijo el coro.

Y el gran loco Palmeta, en trage de padre Adan, se tomó à brazo partido con un cielito silbado.

Los espectadores se desmayaban de risa; algunos se tendian de barriga y otros se apretaban los vacios acalambrados; pero el presidente Palmeta impuesto ya de la significacion simbólica de las carcajadas silbó su cielito hasta acabar.

—Hermano Palmeta,—prorrumpió la voz;—vas à pasar por la prueba de la elevacion alegórica; alza las manos; encontrarás un cable jabonado, y es preciso que te sungues por él hasta donde te sea posible; al tomar ese cable se te abrirá un abismo à los piés; ten cuidado de no soltarlo porque descenderás hasta el centro de la tierra. Esta prueba es la imágen de la virtud, y muestra que es mas difícil y meritorio subir al cielo que caer al infierno!

—Mason hermano,—respondió Palmeta sintiendo que se le alzaba el moño de puro miedo; yo comprenderia esa hazaña, pero à condicion de que en lugar del abismo se ponga un simple colchon à mis piés: aun cuando soy un gran ginnástico, no tengo puesta mi cascara de fierro y temo algun percance à mis costillas.

—Tienes miedo, hermano Palmeta, dijo la voz; y el miedo no es una virtud y es indigno de un mason y de un militar tan famoso como tú.

—Miedo no tengo,—respondió Palmeta, sudando à mares; lo que tengo es debilidad; el baile simbólico y el viaje al torrente me han quitado un poco las fuerzas. Así pues, píde como mason y mando como presidente, que esa prueba sea postergada hasta mañana.—Y pensó entre sí:—no la hagas y no la temas.

La concurrencia de la sala gozaba atrozmente

Se le condujo casi exánime bajo una sogá que colgaba del techo; y con promesa de ponerle el colchon en el suelo errándole el abismo trepó Palmeta libre ya de mayor cuidado; pero no bien colgaba de la sogá, el caporal de la voz terrible le dijo:

—Hermano Palmeta; aprieta bien los puños, por que estás suspendido à un abismo insondable!

El famoso presidente de la República de los canallas soltó cuatro gritos espantosos; trató de aferrarse à la sogá con ayuda de los dien-

tes y las canillas; pero el miedo mas formidable lo estendió en un desmayo sobre el colchon que realmente se le habia colocado à los piés.

Aquel incidente dió la recepcion por terminada, y Palmeta fué colocado à oscuras en su cama.

Pasado el desmayo, abrió un ojo primero y el otro despues.

—Santa Brígida!—pensó;—que oscuro es el tal abismo;---vamos, me he caido de la sogá y aqui no habrá que comer!

—Auxilio! auxilio!—gritó con voz ahogada.

Los calaveras acudieron; y haciendo creer al loco que habia estado un mes en el abismo, bajo un sueño hivernal como las serpientes, lo vistieron y llevaron à la sala, enseñándole por el camino infinitas muecas y posturas ridículas à título de signos masónicos.

Palmeta entró à la reunion de los titulados ministros, personajes y reinas, haciendo los signos aprendidos y las piruetas; y libre ya del miedo y del peligro, sintió volvésele el alma al cuerpo y las balodronadas à los cascós.

Sentóse así con gran confianza en la silla mas alta, ya preparada; y como el exitante natural de sus discursos eran las orejas ajenas, soltó el siguiente que ya le calafateaba las junturas de su zótano cerebral.

DISCURSO A LOS MASONES.

•Hermanos!---La admiracion que me causó à mi mismo y la que vosotros me profesais por mi triunfo en la masonería y en las batallas, me obligan à dirigiros la palabra.

La masonería es una sàbia institucion que me ha devuelto dos chancletas y una caja de sombrero que perdí en mi viaje à Norte-América; pero esta sàbia institucion es à mi lado solo una cáfila de burros.

Meteré, pues, la masonería en una escuela.

Mi religion es la cristiana, apostólica romana, y ortográfica, porque el pensamiento domina las leyes de la creacion; de donde se deduce que el gran arquitecto del Universo, que à mi lado es un arquitecto de cocina, hace planas que yo le enmendaré.

El Papa, que está presente, y que à mi lado es un Papa-moscas ha escomulgado la masonería; y como yo no quiero malquistar mi gobierno con este buen hombre, declaro que seré mason cuando esté en la horca. pero no mientras pueda ahorcar à otros.

La masonería, la libertad, la ortografía y la homoeopatía, son cosas que tienen grandes puntos de contacto; y en Norte-América, que no es este país de canallas, hay una escuela en cada albañal y un albañal en cada escuela.

Resulta, pues, que soy un gran talento irreformable, y que convertiré el Universo en una escuela, dentro de muy poco---He dicho.

Con una salva de aplausos se cerró aquel discurso del gran Palmeta, dando fin con él à aquella noche verdaderamente toledana.

CAPITULO XI.

Que trata de las dificultades que Maese Palmeta sometió al juicio de Borrascas, y del chaleco de fuerza á que Borrascas sometió el juicio de Maese Palmeta.

Aquel titeretazo vivo y andante habria tan á pecho tragado el desatino de su presidencia, que ya se queria rebelar al dominio de sus cuatro ministros que se habian visto necesitados de combatir las infuflas de Palmeta con diferentes series de almohadazos.

Cierto rayo de juicio muy incierto que asoma á veces por entre los buracos de la monomania, hicieron reflexionar al gran Palmeta que su estado era un poco contradictorio.

Pensó que un presidente no debia recibir tantos almohadazos y tundas con toallas mojadas á la hora de dormir; notó que sus ministros no le dejaban nunca un peso al alcance de los dedos; vió que no se le soltaba solo á la call; se aperdió que se le ponía veto á ciertas jaranas femeninas á que solía entregarse su ministerio y barrantó por último que tardaba demasiado la realizacion de su idea de convertir el pais en una escuela positiva; no veia que nadie estudiase la cartilla, y esto le alarmó á tal punto, que llamando á Borrascas le dijo:

---Señor Ministro Borrascas; ustedes son un Ministerio de canallas que me tienen en un puño; estoy ya algo fatigado de triunfos, de ceremonias y de discursos y quiero principiar mi gobierno. Declaro que tomo el mando del ejército y que es preciso hoy mismo reunir al pais en un descampado para darle la primera leccion de gramática.---En el acto pido licencia para salir á la calle y convocar al pueblo; so pena de que si no me dejan ustedes, pido auxilio al público, los destituyo y los fusilo. No creo que el mundo se regenere con comilonas y zurras de sábanas torcidas que se me aplican noche á noche; y desde ahora exijo diez pesos y una entrevista privada con Miss Man!

Palmeta, diciendo esto, relampagueó los ojos de un modo sospecho so, y tomando un cuchillo de mesa que encontró á mano, se lo colocó cruzado sobre el ombligo á guisa de alfanje damasquino.

Borrascas entró en una verdadera alarma, y acercánd se con los brazos abiertos como para abrazarlo, le sujetó fuertemente y llamó á sus compañeros.

Palmeta quiso hacer resistencia, pero con dos ó tres cocazos recibidos sobre una perilla de la cama, amainó sus bríos y pidió entrar en parlamento.

El parlamento se redujo á ponerle un chaleco de fuerza, diciéndole que eso significaba que en los paises constitucionales el Presidente debe someterse al Ministerio.

El gran Maese Palmeta entrado ya así á la pendiente del delirio que sigue á toda mania, fué dejado en reposo, pero revolviendo en las covachas de su caletre diferentes proyectos de rebeliones contra su Ministerio, que le dieran por remate su libertad y el ejercicio de su Gobierno en el centro de una gran escuela instalada en las pampas.

CAPITULO XII.

De como Maese Palmeta quiso convertir la República en una escuela y las consecuencias que esto tuvo para su pellejo, con el fin de esta verídica historia

Dando corcolos estaba Maese Palmeta á mas no poder, por salirse de su chaleco; cuando quiso su suerte que acertára á entrar un billettero que compadecido del Dómine á merced de un discurso semi-tierno que este le hizo, lo desató. Libre ya Palmeta, tomó la calle por suya-armado de un rebenque que encontró á la mano y decidido á poner en planta su proyecto de convertir la República en una escuela.

Aquella escuela tenía la Palmeta edificada en los cañaverales de su mollera, y provista de los bancos suficientes para dar asiento á un millon y medio de ciudadanos.

No bien anduvo unos pasos, cuando topó con el Obispo y otros sacerdotes; y aremetiendo á ellos preguntóles á donde iban.

El Obispo miró de alto abajo al hombrecito lo que produjo en el Dómine un axeso de furor; y enarbolando sin mas preámbulo su rebenque, obligó al señor obispo á ampararse de una confitería, por que aquel orate lo quería llevar á la escuela, tratándolo de rabonero.

A la sazón desembocaban la esquina las señoras de la Sociedad de Beneficencia, paseando á dos enfondo unas cien niñas de los Colejios del Estado.

Palmeta deslumbrado con la turba infantil, desamparó al pobre Obispo, y echándose á la nuca el turbante y repartiendo á destajo sendos palmetazos con el rebenque, cayó en la concurrencia como un gavilán en una pajarera.

Las señoras pedían auxilio, las niñas se desparramaban, y no se oía en aquel conflicto mas que gritos, llantos, portazos y carreras de pasadores.

---A la escuela, raboneros! á la escuela! gritaba el furioso Palmeta, saltando á todas partes y descargando sendos rebencazos.

La confusión crecía y la gente se apiñaba y barajaba sin atinar la causa del disturbio. La voz de, á la escuela! se tomó por grito de salvamento, y todo el mundo repitió aturdido; á la escuela! á la escuela!

Palmeta vió en esto un éco de su órden, y envalentonado con tan formidable apoyo popular, meneó hasta cansarse, corriendo entre las niñas y descalabrando á su paso media docena de aturdidos y señoras desmayadas.

El Cabildo tocó á fuego, las tiendas se cerraron y la guardia policial salió con su gefe á la cabeza en descubierta de aquel campo de agramente.

A la sazón, la causa del escándalo estaba señalada.

---Aten á ese loco! gritaban de los balcones; pero nadie afrontaba el rebenque del Dómine furioso.

Felizmente un maestro de escuela verdadero, saliendo en puntillas de atrás de su puerta, acomodó á Palmeta tan seguros garrotazos en el occipucio, que lo tumbó aturdido sobre el suelo.

La policia triunfante, ató al Dómine en una tabla y de allí, sin

forma de juicio fué remitido á la residencia aquel que nunca lo habia tenido.

En tan elegiaca coyuntura, y distraida la locura, como suele suceder, por el dolor de los magullamientos y porrazos, el pobre Palmeta llegó á la puerta de la Residencia y parándose sobre su turbante á falta de otro púpito espetó á los vigilantes y curiosos el siguiente discurso sentimental.

-- Vosotros, pueblo y ejército, sois una reunion de ingratos canallas que encerrais en este castillo á un reformador de la especie humana, que iba á regenerar vuestras crias de mala ralea, trayendo dos gallos ingleses de pura sangre y para encastar con vuestras gallinas mas bravas!

Mi reforma era prematura, porque el mundo es un miserable pantano: el presente me enchaleca, pero el porvenir me alzaré una estatua sobre la torre de Babel, y reconocerá que la locura de los locos y de los presidentes, tienen dos clases de móviles,—1. ° la delicuescencia de sus meollos,—y 2. ° la cruel malignidad de sus semejantes que se los calientan.

Desde el umbral de esta fortaleza, de donde pronto vendrán á liberarme mis ejércitos chivilcoyanos, os doy sin embargo un gran consejo: podeis salvar el mundo todavia, enseñando la cartilla á vuestros hijos y encastando vuestras hijas decir, vuestras gallinas, con los mejores gallos ingleses. He dicho!—Y soltando Maese Palmeta dos lagrimones como una breva, sacudió el polvo de su turbante como el profeta el de sus sandalias, y encasquetándose en la calva, entró tristemente á la Residencia.

El público, lastimado de aquel pobre loco, se conmovió al verlo llorando, y solo una carcajada resonó en aquel instante.

Era Mister Gin que habia ganado su apuesta.

El Gran Palmeta fué alojado en el cuadro; los locos le rodearon saludandolo; y entonces aquel pobre orate sin escarmiento, sintió renacer sus antiguos brios, se atizó la calva lijeramente, y subiéndose sobre una pileta les espetó en esta forma su cuarenta milésimo octavo discurso.

CIUDADANOS.

Vosotros, gran pueblo de orates, sois, despues de mí, la síntesis de la perfeccion humana. La manía ha regenerado al mundo y sus mas grandes hombres no han sido mas que unos locos!

Cristo, Colon, Galileo, Newton, Washington, Sympeon, Hipócrates, Lincoln, Macusa y Yo, no hemos sido menos que unos orates rematados!

Las Residencias son las proveedurias de los grandes hombres!

Descartes soñó las moléculas, Dios soñó con las aceitunas en el monte olivar, y yo que no soy menos que ellos, soñé las escuelas ó inventé la cruz de gallos y señoras, para perfeccionar la raza humana.

Inventé además dos pueblos que no han existido jamás: una Venecia y un Chivilcoy; y si no me meten tan pronto á la Residencia, hubiese inventado un país trás de cada puerta.

Discurrí tambien, que los animales son frutas en cuatro patas; y como el ferro-carril, en mi opinion, habria suprimido las patas; quise cortárselas á todos, pero no me dieron tiempo!

La carne, pues es la sustancia de Dios, y el extractum carnis Liebig es un Dios puro y completo con cáscara de fierro, es decir con caja de lata. Asi, los bueyes y hasta los pescados, son dioses disfrazados de mascaritas. La prueba de esto, es que la antigüedad adoraba mi becerro y la posteridad rendirá culto á los ballenatos, que á mi lado son unas miserables sardinas.

Los árboles son pueblos de béstias semi-bárbaros; por que yo insulto hasta á los vegetales. La Palmeta es el símbolo del porvenir, y yo soy una cabeza como el mundo, pero sin patas; y digo sin patas, por que me las he cortado por inútiles.

Pero vosotros sin embargo, que teneis la fortuna de conservarlas, poneos en cuatro patas y adorad en mí al talento mas descomunal y al loco mas descalabrado que ha salido de barriga y se ha visto entre dos sábanas habitables!

Ciudadanos! Yo soy inmortal; y solo puedo morirme, cayéndome muerto de asombro por mi mismo! He dicho!

Los locos aplaudieron, bailando una danza infernal en torno de Maese Palmeta, y los loqueros celebraron el discurso con las mas atroces carcajadas.

EPILOGO.

Los viajeros que entran hoy en la Residencia ven á un pobre orate de cabeza pelada, que está parado de la noche á la mañana sobre un cajon vacío. Desde aquella Tribuna, echa sin cesar, y á los vientos que pasan, cuarenta y tres discursos por dia.

—Quién es este loco tan divertido? preguntan al capataz.

—Ese, responde el loquero, es el famoso moro Palmeta, presidente imaginario de una República de canallas y descendiente del célebre mameluco Ali-Kaka—Ben-Al-Bazin que no ha existido jamás.



